

países-de-nunca-jamás
que pensaron los personajes
de Shakespeare

Manuel Palazón Blasco

ISBN 978-84-16048-29-8

Depósito Legal: V- 3161-2013

Índice

países-de-nunca-jamás que pensaron los personajes de Shakespeare

- Prólogo...**9**
- Jack Cade, o Juan Barril...**11**
- Otro *villano en su rincón*...**17**
- Pastoral...**19**
- El Parque de Navarra...**21**
- Bruto, héroe republicano...**23**
- Arden...**25**
- Régimen puritano de Angelo...**33**
- “Tú eres la cosa misma.” ...**35**
- Cárcel última de Lear y Cordelia...**37**
- Timón, que fue de Atenas, y sería cavernícola...**39**
- Cerimón, médico prodigioso...**45**
- La cueva de Morgan / Belario...**47**
- Perdita...**55**
- La isla bruja...**57**
 - La Biblioteca...**57**
 - La celda...**59**
 - Descripciones de la isla...**63**
 - Geografías...**65**
 - Jardín de Ariel...**67**
 - Colonial...**69**
 - La isla mágica...**73**
 - La *plantación* de Gonzalo...**79**
 - Revolución a lo ridículo...**81**
 - ¡Oh bravo Nuevo Mundo!...**83**
 - La isla de Nunca-jamás...**87**
- Bibliografía...**87**

Prólogo

Adrede unas veces, obligados otras por sus estropeadas suertes, los personajes de Shakespeare concibieron, y empezaron, muy diversos Nuevos Mundos. En sus teatros abundan los debates entre corte y aldea. “Beatus ille...”, cantan algunos de sus buenos, ruscando, pero casi siempre regresan, más o menos forzadamente, a la contaminada ciudad. Aquellas Arcas se hundieron todas.

Jack Cade, o Juan Barril

El apellido del capitán de esta revolución comunista, *Cade*, tiene varias traducciones. Es el corderillo que su madre ha abandonado, y tienen que criar con biberón, y el enebro. Pero en el texto se juega con otros significados. *Cade*, trasladado del latín, da “*cae*”, y apunta a caídas literales y figuradas, y en inglés vale un barril de quinientos arenques. Juan Barril llamaré, entonces, al Jack Cade de ésta.

Mientras York se arma, para “ministro” de su “intención” (auparse al trono de Inglaterra) ha “seducido a un empecinado hombre de Kent, / Juan Barril de Ashford, / para provocar toda la conmoción que pueda...” (III, I, 355 – 358) Conmoción significa “alteración, tumulto, levantamiento, alboroto y turbación grande de algún pueblo, reino, villa, país, &c” (*Aut.*). Es “*diablo*” (III, I, 371). Lo ha visto pelear, cabezón y bravo, y con astucia además, en Irlanda, contra los soldados peones que defendían la patria (III, I, 360 - 370). Para ganar el socorro de los de su apellido, lo hará “bajo el título de [un] John Mortimer” (III, I, 359) que “ahora está muerto”, y será su doble (“se le parece en el rostro, en la postura y en la voz”) (III, I, 372 – 373).

George Bevis y John Holland, que curiosamente conservan, como personajes, sus nombres de actores, hacen al *Coro* de la Comuna que sigue a Juan Barril. El pueblo se había alzado dos días atrás, y ellos se armarían ahora, aunque fuese con espadas teatrales, de cartón. “Te digo que Juan Barril, el sastre, quiere vestir a los Comunes [the Commonwealth], y darle la vuelta a sus trajes, y forrarlos de pelo.” “Y buena falta que les hace, que van harapientos. Mira, yo digo que no ha vuelto a haber *un mundo feliz* [*merry world*] en Inglaterra desde que aparecieron los gentileshombres.” Verdaderamente era, ésta, una “edad miserable”. No se apreciaba, en ella, “la virtud” de “los artesanos”, cuando el “delantal de cuero” y “la mano encallecida” eran los signos más seguros de “una mente brava” (IV, II, 1 – 20). Pasaron luego lista a sus soldados, con sus capacidades. “Ahí va el hijo de Best, el curtidor de Wingham...” “Con los pellejos de nuestros enemigos fabricará cuero de perro.” “Y Dick, el carnicero...” “Derribará al Pecado, como a un buey, y degollará a la Iniquidad como a un ternerillo.” “Y Smith, el tejedor.” “Él sabrá cortar el hilo de la vida de nuestros enemigos” (IV, II, 21 – 29).

Lo primero que *dice* Juan Barril es su nuevo nombre, su Casa nueva. Y usa el plural mayestático. Pero sus discípulos, en *apartes*, rebajan su *novela familiar*:

Barril: *Nosotros, Juan Barril, llamado así por nuestro supuesto padre...*

Carnicero [Aparte.]: *O, más bien, por robar un barril de arenques...*

(...)

Barril: *Mi padre fue un Mortimer...*

Carnicero [Aparte.]: *Un hombre honrado, y muy buen albañil.¹*

Barril: *Mi madre, una Plantagenet...*

Carnicero [Aparte.]: *Yo la conocí bien, era partera.*

Barril: *Mi esposa descende de los Lacies.*

Carnicero [Aparte.]: *Fue, es verdad, hija de un traperero, y vendió muchos lazos.*

Tejedor [Aparte.]: *Pero no últimamente. Ahora, como sus espaldas no pueden ya cargar con los fardos, lava ropa aquí, en el pueblo.*

Barril: *Soy, por todo ello, de una casa honorable.*

Carnicero: *A fe mía que sí, que el campo es honorable, y allí nació él, debajo de un cerco, pues su padre nunca tuvo otra habitación que los calabozos de la villa.*

(IV, II, 31 - 50)

Va su *manifiesto*. “Nos inspira el espíritu de derribar príncipes y reyes” (IV, II, 33 – 34). “Mostrad bravura, entonces, que vuestro capitán es bravo, y jura que traerá la *reforma* [*reformation*]. (...) Todo el reino será comunal, y mi palafren pacerá en el mercado de Cheapside, en Londres. Y cuando yo sea rey, que rey voy a ser... (...) No habrá dinero. Todos comerán y beberán a mi cuenta, y los vestiré a todos con la misma librea, para que se lleven como hermanos y me adoren como a su señor.” Matará a los abogados. Y su primera *acción*, como *rey-juez*, será condenar a la horca al Secretario de Chartham, porque sabe leer y escribir. “Fuera con él, digo: colgadlo con la pluma y el tintero al cuello” (IV, II, 61 – 104).

¹ Juega con la idea del “mortero”.

Iba a combatir a Sir Humphrey Stafford, comandante de los hombres del rey, en Blackheath, y quiso “igualarse a él”, y arrodillándose, se armó él mismo caballero, diciendo, “Levántate como Sir John Mortimer” (IV, II, 113 – 115). Luego se declaró “heredero legítimo de la corona”, y cuando Stafford lo puso de “villano”, hijo de un yesero, y “tijeras”, contestó agudísimo: “Y Adán era jardinero” (IV, II, 125 – 128). Trazó entonces, de todos modos, que le preocupaba, su genealogía, yéndose por las ramas de su árbol familiar, y en verso además:

Barril: *Oíd esto, por la Virgen: Edmundo Mortimer, el conde de March,
Se casó con la hija del Duque de Clarence, ¿o no?*

Hermano de Stafford: *Sí, señor.*

Barril: *De ella tuvo dos hijos en un parto.*

Hermano de Stafford: *Eso es falso.*

Barril: *Ah, he ahí la cuestión, pero yo digo que es cierto.*

Al mayor de ellos lo habían dado a criar,

Y lo robó una pobra,

E, ignorando su nacimiento y su apellido,

Se hizo tapiador al llegar a la edad.

Su hijo soy yo; negadlo si podéis.

Carnicero: *No podrá, que yo digo que es muy cierto, y que por lo tanto será rey.*

Tejedor: *Señor, él hizo una chimenea en casa de mi padre, y los ladrillos viven aún
para confirmarlo como testigos, así que no lo neguéis.*

(IV, II, 129 – 143)

Juan Barril sabía aún quién era, y quién quería ser: “Yo me he inventado a mí mismo” (IV, II, 148). Dice, casi. Repite, con esto, a don Quijote, o al Cristo.

Juan Barril, “por amor a su padre, Enrique Quinto”, se conformaría por ahora con ser “Protector” del rey (IV, II, 149 - 152). Y quería, primero, “la cabeza de Lord Say, que había vendido el ducado de Maine”. Por su avaricia renqueaba Inglaterra. “Había capado al Reino, haciendo de él un eunuco...” (IV, II, 153 – 159)

Ahora arengaba a sus tropas:

*--Y vosotros, que amáis a los comunes, seguidme.
Mostraos como hombres, que es por la libertad.
No dejaremos señor, ni caballero:
No dejéis con vida sino a los que gasten zapatos claveteados,
Pues són ellos hombres honrados, que no despilfarran, y tales
Que quisieran (pero no se atreven a tanto) ponerse de nuestra parte.*

(IV, II, 175 – 178)

Y luego hizo una alabanza del caos:

*--Se han puesto todos en orden, y avanzan hacia nosotros.
--¡Bah! Nuestro mayor orden nace del desorden. ¡Venid: avanzad!*

(IV, II, 181 – 183)

Juan Barril, con sus hijos de poco, derrotó en Blackheath a Sir Humphrey Stafford, y le quitó la armadura, y se la puso él, y arrastraría los cuerpos de sus enemigos con sus caballos hasta Londres, donde el Alcalde lo recibiría ceremoniosamente. Y, para sumarlos a su ejército, sacaría de sus cárceles a los prisioneros (IV, III).

Ya estaban “los rebeldes” en Londres, en Southwark (IV, IV, 26). Agusanaban el Reino “escolares, abogados, cortesanos y caballeros”, y Juan Barril buscaba su muerte (IV, IV, 35 – 36). Ya habían llegado, “casi”, al Puente de Londres, con el propósito de saquear la ciudad, y los Reyes tuvieron que huir (IV, IV, 48 – 54). En Cannon Street, sentándose en la Piedra de Londres, “Mortimer” se proclamó “señor de esta ciudad”, y lo primero que dictó fue que “no corriese otra cosa por las alcantarillas que vino clarete, todo el primer año de nuestro reinado” (IV, VI, 1 – 4).

Acababa de decretar que “de ahora en adelante” lo titulasen “Lord Mortimer”. Quien le llamase por otro nombre, cometería “traición”. Llegó en eso uno de sus soldados, llamándolo, “¡Juan Barril! ¡Juan Barril!”, y pagó su doble crimen inmediatamente, con su vida. “Si este amigo es listo, ya nunca me llamará Juan Barril: creo que ha tenido aviso de sobra” (IV, VI, 4 – 10).

Iban a dar al fuego el Puente de Londres, con su Torre (IV, VI, 12 – 13). Echarían abajo el Savoy, y el Palacio de Justicia (the Inns of Court). Quemarían “todos los archivos del reino”, y en adelante “todas las leyes de Inglaterra” saldrían de sus labios: “Mi boca será el Parlamento de Inglaterra” (IV, VII, 1 – 14). “Y de aquí en adelante serán comunales todas las cosas” (IV, VII, 17).

Antes de mandar que le cortasen la cabeza, sumó las faltas de Lord Say. Había vendido “las ciudades de Francia”, había aumentado los impuestos, había “corrompido” a los jóvenes, abriendo “una escuela”, había empezado una imprenta, y había construido un molino de papel, para fabricar libros, y había nombrado jueces de paz. Hablaba, encima, el latín, y se defendía ayudándose de un demonio “familiar” que vivía “bajo su lengua” (IV, VII, 18 – 108).

Todo, había *dicho*, sería “comunal”, pero él exigiría “tributos” a “los más orgullosos pares del reino”, si querían conservar sus cabezas sobre los hombros, y tendría el derecho de pernada, para desvirgar a las novias, y el uso libre de las esposas (IV, VII, 115 – 119).

Ya lo abandonaban los suyos.

--Yo creía que no dejaríais las armas hasta que hubieseis recobrado vuestra antigua libertad, pero sois todos unos desertores, y cobardes, y gozáis viviendo bajo el yugo de la nobleza. Que rompan vuestras espaldas con cargas, que os quiten las casas, que violen a vuestras mujeres y a vuestras hijas delante de vuestras narices...

(IV, VIII, 25 – 31)

Huyó, en fin, Juan Barril, y el Rey dará mil coronas a quien le traiga su cabeza (IV, VIII, 65 – 67). La querencia llevó a Juan Barril a Kent, y allí entró en un huerto, que tenía hambre, y era de Alexander Iden, un hidalgo que, cuando conoció al ladrón, lo juzgó “monstruoso traidor” (IV, X, 65) y lo mató, y lo arrastró hasta un montón de estiércol, para que fuese su tumba, le cortó la cabeza y se la llevó, triunfalmente, al Rey (IV, X, 79 ss.). Enrique, viendo los hechos de aquel “hidalgo pobre” que lo amaba (V, I, 75), le hizo caballero, le entregó la recompensa, y quiso que fuera en su tren (V, I, 75 – 80).

Este Jack Cade, que he traducido Juan Barril, es radical: quiere el comunismo, la libertad y la igualdad, y una “revolución cultural” que intuye cómo nos sujetan la gramática, la escuela, los libros, el Derecho, los estamentos. Quemaría los archivos, que guardan la Historia, las Leyes, el registro de propiedades...

Pero Shakespeare pone mucho cuidado en hacer mofa de él. Sus tiranías, su grosera (re)invención de sí mismo y de su familia (de su *nombre*), y los comentarios, directos o en *apartes*, del Coro que contrapuntea su palabra (su teoría) y sus acciones, todo sirve para burlarse de él. Shakespeare podría haber escrito una *tragedia* de Jack Cade (el héroe cuya suerte se tuerce por error, por la falla trágica de su carácter), pero ha preferido el escarnio, y lo convierte en *parte ridícula*.

(En *La segunda parte de El Rey Enrique VI*)

Otro villano en su rincón

Sale Iden con monólogo:

Iden: *¡Señor! ¿Quién viviría lleno de pesadumbres en la corte,
Pudiendo gozar de paseos tan tranquilos como éstos?
Esta pequeña herencia que me dejó mi padre
Me basta, y vale una monarquía.
Yo no busco aumentarme a costa de la mengua de otros,
O juntar riquezas que me traerán la envidia general:
Es suficiente que mantengo mi hacienda,
Y remedio a los pobres que vienen a mi puerta.*

(IV, X, 16 – 23)

Alexander Iden era “señor” de un poco de “suelo” (IV, X, 24), dueño de aquel “jardín”, o huerto (IV, X, 7), “un hidalgo pobre (...) que ama a su rey” (V, I, 75) Enrique cuando todos le fallan, y fue su último campeón, dando muy mal acabar a Jack Cade, o Juan Barril, aquel “rebelde monstruoso” (V, I, 62). El rey alabó sus gestas y lo premió, haciéndolo caballero, y de su cámara, y de su mesnada (V, I, 75 – 80).

Como a aquel otro “villano en su rincón”, el nuestro, a Iden su lealtad lo lleva a la corte que desprecia, abandonando la aldea donde era feliz.

(En *La segunda parte de El Rey Enrique VI*)

Pastoral

Porque estorbaba a la Reina amazona, habían apartado al Rey Enrique, el Sexto, demasiado pacífico y manso, de la batalla, aunque se jugaba su corona, y la miraba desde una muela, y meditaba sobre la *parte* del Príncipe, comparándola con la del Pastor:

Rey: ...*¡Ojalá estuviera muerto, si la buena voluntad de Dios fuera ésa!*

Porque ¿qué hay en este mundo sino dolor y trabajos?

¡Oh, Dios! Me parece que sería una vida feliz

No ser mejor que un humilde villano,

Sentarse en lo alto de una colina, como hago yo ahora;

Tallar un extraño reloj, punto por punto,

Para ver en él cómo corren los minutos,

Cuántos de ellos completan la hora,

Cuántas horas trae el día,

Cuántos días terminarán el año,

Cuántos años puede vivir un hombre mortal.

Una vez sabido esto, podrá uno dividir los tiempos:

Tantas horas tengo para atender mi rebaño,

Tantas horas tengo para descansar,

Tantas horas tengo para la contemplación,

Tantas horas tengo para mi deporte,

Tantos días llevan preñadas mis ovejas,

Tantas semanas antes de que las pobres bobas paran sus corderillos,

Tantos años antes de que yo les esquile la lana.

Así los minutos, las horas, los días, los meses y los años,

Gastados para el fin para el que fueron creados,

Traerían los blancos cabellos hasta una tumba tranquila.

¡Ah, qué vida sería ésta! ¡Qué dulce! ¡Qué deliciosa!

¿Acaso no da una sombra más dulce la mata del espino

A los pastores que vigilan sus tontas ovejas

Que un baldoquín ricamente bordado

A los reyes que temen la traición de sus sujetos?

Oh, sí, lo hace, lo hace mil veces.

*Y, para concluir, las sencillas natillas del pastor,
La bebida fría y ligera que toman de su bota de cuero,
Su apetecido sueño a la sombra fresca de un árbol,
Todo lo que disfruta seguro y dulcemente,
Sobrepasa con mucho las delicadezas de un príncipe,
El licor, que destellea en su copa de oro,
Su cuerpo, recostado en una cama curiosa,
Cuando lo velan los cuidados, la desconfianza y la traición.*

(II, V, 19 – 54)

(En *La tercera parte de El Rey Enrique VI*)

El Parque de Navarra

Detrás de la fama y la honra, con tal de alquilarse un nicho en la memoria de los siglos, el Rey de Navarra y tres grandes, privados suyos, se encerraron en su parque particular. Es que querían mejorar.

Rey: *...Y así, sois vosotros bravos conquistadores,
Pues empezáis una guerra contra vuestros propios afectos,
Y os oponéis al enorme ejército de los deseos mundanales.
Nuestro último edicto entrará desde este momento en vigor:
Navarra será nueva maravilla universal,
Y nuestra corte una pequeña academia
Donde nos entregaremos en silencio a la contemplación del arte vivo.
Vosotros tres, Berowne, Dumaine, y Longaville,
Habéis jurado pasar aquí conmigo un plazo de tres años.
Seremos compañeros de colegio, y guardaremos los estatutos
Que quedan registrados en estos papeles.
(...)*

Longaville: *Yo estoy resuelto. Ayunar tres años no es nada:
La mente se dará un banquete.
(...)*

Berowne: *(...)
¡Bah! Éstas son tareas estériles, demasiado duras:
No ver una dama, estudiar, guardar dieta, no dormir.
(...)
...Yo he jurado en broma.
(...)
La necesidad nos hará a todos faltar a nuestra palabra
Tres mil veces en el espacio de estos tres años.
¿No veis que el hombre nace con sus pasiones,
Y no puede dominarlas a voluntad, si no es por gracia especial, divina?*

(I, I, 1 – 151)

Acudió con pleitos la hija del rey de Francia, y en su séquito tres damas, sus favoritas, Rosalina, María y Catalina. Pero Navarra no recibía, con aquella tozuda clausura. “Él prefiere alojaros en el campo, / como si vinierais a poner cerco a su Corte, / antes que pedir una dispensa a su juramento / y permitiros entrar en su casa vaciada” (II, I, 85 – 88).

Pero era finca sin tapias, y los señores olían a la princesa y a sus doncellas en sus ricos pabellones. Puestas allí, como sitiando a los cuatro santos de pajar, las francesitas quebrarán enseguida las delgadas paredes de sus virtudes, haciéndolos sus cautivos. “Rompamos de una los votos, si queremos encontrarnos a nosotros mismos: / de otra forma, por mantener nuestras promesas, nos perdemos” (IV, III, 357 – 358).

El parque de Navarra es como seminario, soto sagrado al que se entra sigiloso, y donde todo es castigar la carne para mejor templar el alma y la inteligencia. Allí es callar, velar, pesar el almuerzo y la cena, medir el vino, huir de las faldas, mirar despacio la naturaleza y darse a los libros.

Más allá ronda el mundo, te sacaría. Y en sus afueras los tientan sus demonias, las damiselas de Francia.

Fracasa aquella monarquía austera e ilustrada, aquel club de capones, aunque se respeta el lugar: adrede salen a montar las fiestas y los teatros en sus márgenes, bajo los toldos de las extranjeras.

(En *Trabajos de amor perdidos*)

Bruto, héroe republicano

“I shall remember:
When Caesar says ‘Do this,’ it is *perform'd*.”

“Lo recordaré: / Cuando César dice, ‘Haz esto’, se cumple” (I, II, 9 – 10) Dice Marco Antonio, obediente. La *palabra* de(l) César es “performativa”, mágica: una vez dicha, hace, obra.

“El pobre Bruto [está] en guerra consigo mismo” (I, II, 46).

La “extraña impaciencia de los cielos” (I, III, 61) avisa, con sus señales, de “algún estado monstruoso” (I, III, 71). Es que quiere ser Julio César *Rey*, y “tirano” (I, III, 103), y “*dios*” (I, II, 115 – 116; 121).

Casio juntaba a “los romanos de opiniones más nobles” “para llevar a cabo [con él] una empresa / de consecuencias honorables y peligrosas” (I, III, 122 – 124). Y animaba a Bruto:

Casio: *Los hombres, en algunas ocasiones, son dueños de sus destinos:
La falta, querido Bruto, no está en nuestras estrellas,
Sino en nosotros mismos, si somos lacayos.*

(I, II, 138 – 140)

Fue el Idus de Marzo, y dieron a César muerte violentísima. Bruto ha ordenado a los demás asesinos de Julio César que, como él, hundan los brazos en su sangre, y pringuen en ella las espadas, y acudan así, en procesión terrible, hasta la plaza del mercado (III, I, 105 – 110).

Casio: *Inclinaos, pues, sobre el cadáver, y lavaos con su sangre. ¿Cuántos siglos, después de éste,*

*Representarán de nuevo nuestra alta escena,
En países que aún no han nacido, y con acentos no conocidos todavía?*

Bruto: *¿Cuántas veces sangrará César por deporte,
El mismo que ahora yace sobre los escalones de Pompeyo
Y no vale más que el polvo?*

Casio: *Tantas veces como así sea,
Tantas nos llamarán a nosotros
Los hombres que dieron la libertad a su patria.*

(III, I, 111 – 118)

Ganaban con eso “libertad” y “franquicia” (III, I, 81).

Bruto es el héroe trágico de esta obra. Antonio pronuncia su epitafio. Fue “el romano más noble”. “Sólo él” hizo lo que hizo, no por envidia de César, como los otros, sino “pensando en la honra general, / y en el bien común para todos” (V, V, 68 – 72). “¡Éste era un hombre!” (V, V, 75)

(En *Julio César*)

Arden

Uno

Arden es campo de refugiados. En él se han afincado los seguidores del Duque bueno, legítimo. El “Mayor”, lo llaman en la carta de *personas de la comedia*: lo ha echado de sus sitios Federico, su hermano pequeño, para ponerse él.

--Dicen que está ya en el Bosque de Arden, y mucha gente alegre de su mesnada con él, y que allí viven como el viejo Robin Hood de Inglaterra. Y dicen que se le juntan numerosos jóvenes caballeros a diario, y dejan pasar el tiempo despreocupadamente, como hicieran en el mundo de oro [in the golden world].

(I, I, 114 – 119)

Este Duque, el derrocado, que no tiene nombre (que gasta, entonces, todos los nombres), con los suyos, constituyó en Arden una república de notables. Jaques, uno de sus privados, se puso de melancólico bufón de patio. Esto opinaba el Duque de su nueva suerte, prefiriéndola a la de palacio:

Duque: *Ahora, mis camaradas, y hermanos de exilio,
¿No hacen las costumbres antiguas que esta vida parezca más dulce
Que la de la pompa pintada? ¿No se hallan estas espesuras
Más libres de peligros que la envidiosa corte?
Aquí no sufrimos el castigo de Adán,
La diferencia de las estaciones, que, cuando el viento del invierno
Muerde y golpea mi cuerpo con su colmillo de hielo
O me atropella con su rudo trato,
Entonces, encogido de frío, todavía sonrío y digo,
“Esto no son lisonjas: son consejeros
Que me ayudan a comprender lo que soy.”
Suaves son los usos de la adversidad,
Pues como el sapo, feo y venenoso,
Guardan una piedra preciosa en la cabeza.
Y esta vida nuestra, exenta de los cuidados públicos,
Encuentra lenguas en los árboles, libros en los arroyos,
Sermones en las piedras, y algo bueno en cada cosa.
Yo no la cambiaría por nada.*

Amiens: *Dichosa es Vuestra Gracia,
Que sabe traducir la terquedad de la fortuna
Con un estilo tan sereno, tan dulce.*

(II, I, 1 – 20)

En la colonia contienden dos partidos. Amiens contempla cantarín su presente. Jaques lo nota todo con el humor agrio, socarrón.

Amiens: *Quien quiera sestear a mi lado
Bajo la copa de este árbol,
Y contestar con alegres notas
Al dulce pájaro cantor,
Que acuda aquí, que acuda aquí, que acuda aquí,
Que no verá
Otro enemigo
Que el invierno y el áspero clima.*

Jaques: *Más, más, te lo ruego, más.*

Amiens: *Os volverá melancólico, Monsieur Jaques.*

Jaques: *Y te daré, por ello, las gracias. ¡Más! Te lo ruego, más. Puedo extraer melancolía de las canciones con la facilidad con que la comadreja saca el jugo del buevo.*

(...)

Amiens: *Aquél que aparte de sí toda ambición
Y guste de vivir a la intemperie,
Buscando el alimento que ha de comer,
Contento con lo que consiga,
Que acuda aquí, que acuda aquí, que acuda aquí.
Que no verá
Otro enemigo
Que el invierno y el áspero clima.*

Jaques: *Ahora seguiré yo adelante con la copla, añadiéndole unos versos que hice ayer a pesar de mi pobre invención.*

Amiens: *Y yo os acompañaré con mi voz.*

Jaques: *Va así:
Si acaso ocurriese
Que algún hombre se vuelve asno,
Y deja riquezas y sosiegos
Por satisfacer su terca voluntad,
“Ducdame, ducdame, ducdame”:
Que no verá
Sino locos como él
Si conmigo viene.*

Amiens: *¿Qué es eso de “duc dame”?*

Jaques: *Es una invocación griega: diciéndola invocan a los bobos, encerrándolos en un círculo. Y ahora iré a dormir si puedo...*

(II, V)

Amiens hizo todavía un bis de sus apologías de aquellas verduras:

Amiens: *Sopla, sopla, viento invernal,*

No eres tú menos amable

Que la ingratitud del hombre;

Tus dientes no son tan fieros,

Puesto que no se te ve,

Aunque tu aliento sea grosero.

Laralá, cantad laralá al verde acebo,

La amistad es, casi siempre, fingida, y son bobos casi todos los amores.

¡Así que laralá! ¡Al acebo!

¡Ésta es la vida más dichosa!

Ven con tus heladas, amargo cielo,

No muerdes tú con tanta saña

Como los beneficios olvidados.

Aunque escarches las aguas,

Tu aguijón no escuece tanto

Como el amigo olvidadizo.

Laralá, cantad laralá al verde acebo,

La amistad es, casi siempre, fingida, y son bobos casi todos los amores.

¡Así que laralá! ¡Al acebo!

¡Ésta es la vida más dichosa!

(II, VII, 174 – 193)

Jaques tiene, casi por apellido, la *melancolía* (III, II, 288 – 289; IV, I, 3 – 4; IV, I, 10 – 19). Aburrido del mundo, hará en Arden la *parte* de Arlequín para decir sus vicios (II, VII, 47 – 61), y termina la comedia quitándose del ruido, troglodita (V, IV, 195).

Dos

Quisieron Celia y Rosalinda que las acompañase en su huida el Bufón, Piedra de Toque. Éste protestaba: “Sí, ahora me veo yo en Arden, idiota de mí: mejor me estaba en casa...Pero el viajero debe conformarse con lo que venga” (II, IV, 12 - 15). Luego debatirán Piedra de Toque, defensor de lo urbano, y Corino, abogado de lo rústico, *urbs* versus *rus*:

Corino: *¿Y qué os parece esta vida pastoriega, maese Piedra de Toque?*

Piedra de Toque: *En verdad, pastor, de por sí está bien, pero en tanto que vida de pastor, no vale nada. Es solitaria, y en ese sentido es de mi agrado, pero tan privada que la tengo por vil. Lo de andar por el campo me place, pero no estar en la corte resulta tedioso. ¿Veis? Como es vida sencilla, casa bien con mi humor; sin embargo, al no abundar nada, a mi estómago le sienta mal. ¿Entiendes algo de filosofía, pastor?*

Corino: *Sólo sé que cuanto más enfermo está uno, peor se encuentra, y que aquél que no tiene dinero, ni medios, ni paciencia, echa a faltar tres buenos amigos, que la propiedad de la lluvia es mojar, y quemar la del fuego, que el buen pasto engorda a las ovejas, y que una de las principales causas de la noche es la ausencia de sol, y que aquél a quien la naturaleza o el arte no han agudizado su ingenio podrá quejarse de no haber tenido una buena crianza, o viene de familia de idiotas.*

Piedra de Toque: *¡He aquí un filósofo natural! ¿Alguna vez has estado en la corte, pastor?*

Corino: *En realidad, no.*

Piedra de Toque: *Entonces estás condenado.*

Corino: *¡Huy! Espero que no...*

Piedra de Toque: *Sí, sí, estás condenado: eres como un huevo que tuestan sólo por un lado.*

Corino: *¿Por no haber estado en la corte? Vuestra razón...*

Piedra de Toque: *Ésta, que si nunca has estado en la corte, nunca has visto buenas maneras; si nunca has visto buenas maneras, entonces tus maneras deben de ser torpes, y la torpeza es pecado, y el pecado maldición. Estás en un estado “perligroso”, pastor.*

Corino: *Nada de eso, Piedra de Toque: así como las buenas maneras cortesanas quedan ridículas en el campo, el comportamiento del campesino resulta grotesco en la corte. Vos me dijisteis que en la corte, para saludaros, os besáis las manos: cortesía muy sucia si los cortesanos fueran pastores.*

Piedra de Toque: *¡Un ejemplo, brevemente, venga, ponme un ejemplo!*

Corino: *Bueno, sabréis que las ovejas que manejamos tienen el pellejo grasiento...*

Piedra de Toque: *¡Bah! ¿Y no le sudan las manos al cortesano? ¿Y no es la grasa del cordero tan asquerosa como el sudor de un hombre? Un argumento débil, débil. Dame un ejemplo mejor, ea.*

Corino: *Aparte, tenemos callos en las manos.*

Piedra de Toque: *Antes las sentirán vuestros labios: flojo otra vez. Un ejemplo más seguro, va.*

Corino: *Y solemos llevarlas untadas de pez griega, que empleamos para curar al ganado, y ¿no querréis que nos pringuemos la boca de brea? El cortesano se perfuma las manos con algalia.*

Piedra de Toque: *¡Burro! ¡Carne agusanada! Aprende del sabio, y pondera: la algalia tiene un origen más bajo que la brea, pues son flujos inmundos que se sacan del culo del gato. Enmienda tu ejemplo, pastor.*

Corino: *Vuestra inteligencia, tan hecha a los usos de la corte, me agobia: descansaré.*

Piedra de Toque: *¿Descansarás en tu maldición? ¡Dios te ayude, corto! ¡Dios opere alguna incisión en ti, que te veo crudo!*

Corino: *Señor, yo soy un trabajador: gano lo que como, la ropa me la hago yo, no debo odio a ningún hombre, ni envidio la felicidad de nadie, me alegro del bien del prójimo, me contento con mi daño, y mi mayor orgullo es ver a mis ovejas pacer y mamar a mis corderillos.*

Piedra de Toque: *Otra simpleza que añadir a tus pecados, si arrimas la oveja al carnero, y vives de la copulación de tus brutos: haces, con eso, tercerías para un capón, entregando una ovejita docemesina a un viejo carnero cornudo y cachondo, procurando un aparejamiento nada razonable. Si por esto no te condenas, es que el diablo no acepta pastores: de otro modo no veo cómo te ibas a salvar.*

(III, II, 11 – 83)

Se metió Piedra de Toque en el bosque de Arden soberbioso, menospreciando, desde su oficio de gentilhombre de placer, a los catetos, con muchos humos, hasta que se los bajó una serrana de la comarca, pues la dejó preñada, y tuvo que cumplir.

Tres

Ah. El duque de antes tenía una hija, Rosalinda, y otra el de ahora, Celia. Las primas se habían criado juntas, y se amaban como gemelas. Federico, tan malo, fue a peor, y con el odio que le guardaba a su hermano cubrió también a su sobrina.

--Lárgate o te mato – la amenazó.

Celia: *Me digas lo que me digas, yo me voy contigo.*

Rosalinda: *¿Por qué? ¿Y adónde iremos?*

Celia: *A buscar a mi tío en el Bosque de Arden.*

Rosalinda: *¡Ay, qué peligroso nos resultará*

Siendo doncellas, viajar tan lejos!

La belleza provoca a los ladrones antes que el oro.

(I, III, 101 – 106)

Otra vez el bosque es un lugar siniestro, país de sátiros, o de satiriasis, que pierde a las muchachas. Rosalinda, por despistar, iría de chaval, con hacha y lanza (I, III, 113 – 114), “calzas y jubón” (III, II, 215 – 216), y se haría llamar Ganimedes, como el paje de Júpiter (I, III, 120 – 121). Celia se puso de pastora, y se cambió el nombre, y tomó el de Aliena, pues perdía con esta aventura, de una, el padre y la patria (I, III, 123 – 124). Además, para que les distrajera el camino, se llevaron consigo a Piedra de Toque, el gracioso. “Ahora nos vamos contentas, / a la libertad, que no al destierro” (I, III, 133 – 134). Arden, entonces, es también, para las primas, un espacio de anchuras, donde se mudan si quieren los nombres y el género, y pueden jugar a ser otra cosa, nueva.

Cuatro

Hay un Arden bucólico, que da para varios amoríos campestres y se remata en unos desposorios cuádruplos donde oficia el mismísimo Himeneo bajado del cielo y hace de paraninfo el Duque.

Cinco

Arden sirve de asilo político y familiar. Allí intentan comenzar, los hijos que fueron de algo, segundo “*mundo de oro*” (I, I, 119), “*un mundo mejor que éste*” (“*a better world than this*” [I, II, 274]). Sin embargo, cuando el Duque gane su restauración, volverán al mundo, y a Palacio.

(En *Como gustéis*)

Régimen puritano de Angelo

El Duque de Viena, Vincentio, ha “elegido” a Angelo para que “llene [su] ausencia”, le ha “prestado” sus “terrores”, lo ha “vestido” con su “amor”, y ha “dado a su diputación todos los órganos / de [su] poder” (I, I, 17 – 21), para que pueda en su lugar. Pero las del Duque son vacaciones fingidas, y quiere ver “si el poder muda propósitos” (I, III, 53 – 54), y lo observa todo, y hasta hace y deshace, disimulado bajo el disfraz de fraile.

Angelo era “preciso”, su sangre no fluía, tenía el “apetito” indiferente (I, III, 50 – 53), nunca sentía “los descarados pinchazos y movimientos de los sentidos”, y rebajaba y despuntaba “su filo natural / con los provechos de la mente, del estudio y del ayuno” (I, IV, 58 – 61). Y ahora gobernaba exigiendo estrechísimas cuentas. Por encima de las demás cosas abominaba de las pasiones venéreas: cerró los burdeles de los arrabales y corrió a putas, alcahuetes y clientes (I, II, 85 – 95), y condenó a muerte a Claudio, porque, con “un contrato verdadero”, pero que leyes mohosas no reconocían, había tomado “posesión del lecho de Julieta”, y aquel “entretenimiento mutuo” quedaba “escrito” “con letras muy gruesas” en la antigua doncella (I, II, 108 – 145).

Sin embargo, Angelo era, al fin, hombre de carne, y estropeó a su primera novia, Mariana, y quiso forzar a la casta Isabella. Regresó el Duque como *Deus ex machina*, e hizo “inquisición” de la “justicia” de Angelo (V, I, 5 – 6), y halló que había faltado a su palabra, era “asesino”, “adúltero ladrón”, “hipócrita, violador de vírgenes” (V, I, 40 – 43), “un *archivillano*” (V, I, 60).

Así, el régimen puritano de Angelo fracasa.

(En *Medida por medida*)

“Tú eres la cosa misma.”

La tempestad, en el páramo, y la que arrasa su mente (III, IV, 12) van deteriorando al Viejo Rey. Pero Lear, antes de perderse en el laberinto de su locura, o en su vestíbulo, reza, arrodillándose:

*--...Pobres desgraciados que andáis desnudos, dondequiera que estéis,
Que soportáis el azote de esta tormenta despiadada,
¿Cómo os defenderán de la estación
Vuestras cabezas sin techo, vuestros costados mal alimentados,
Vuestros harapos llenos de troneras y ventanas? Oh, me he cuidado
Muy poco de vosotros. Púrgate, Lear, fuera pompas,
Exponte y padece lo que padecen los desgraciados,
Para que puedas, así, ofrecerles lo que para ti es ya superfluo,
Y mostrarte, ante los cielos, más justo.*

(III, IV, 28 – 36)

Luego estudia a aquel “pobre Tomás”, mendigo lunático (es parte que finge el buen Edgar para ayudar a su señor), calato:

--Y el hombre ¿no es más que esto? Considéralo despacio. Tú no debes seda al gusano, cuero a la bestia, lana a la oveja, perfume al gato. ¡Ja! Nosotros tres, aquí, somos sofisticados: tú eres la cosa misma. El hombre, desacomodado, no es sino un pobre animal desnudo, con las dos patas de las borquillas, como tú. ¡Fuera, fuera con vosotros, préstamos: ven, desabotóname aquí.

(III, IV, 101 – 107)

Para ser “la cosa misma” Lear intenta desnudarse, pero se lo estorban.

(En *El Rey Lear*)

Cárcel última de Lear y Cordelia

En este cuento de hadas la princesa resucita al Rey Viejo con un beso. Cordelia ha sanado a su padre. Pero perdió Francia, y el bastardo Edmundo enviaba a la cárcel a Lear y a Cordelia.

Cordelia: *Es tu mala suerte, rey, lo que me pesa,
Que yo sabría, si no, mofarme del ceño de la falsa fortuna.
¡Ay! ¿Y no veremos a esas hijas, a esas hermanas?*

Lear: *No, no, no, no. Ven, vamos a la prisión,
Nosotros dos solos, y cantaremos como avecillas en su jaula.
Cuando pidas mi bendición me arrodillaré yo,
Y te pediré perdón. Así pasaremos los días,
Rezando, cantando, contando viejos cuentos, riéndonos
De las mariposas de oro. Oiremos hablar a algún pobre bellaco
De la corte, y sabremos por él
Quién pierde y quién gana, y quién se ve aumentado, y quién disminuido,
Como si fuésemos espías de Dios. Y sobreviviremos
Encerrados entre estas paredes a partidos y sectas de los grandes
Que van y vienen con la marea.*

Edmundo: *Lleváoslos.*

Lear: *Para nuestro sacrificio, mi Cordelia,
Los dioses mismos quemarán incienso. ¿Te tengo? [La abraza.]
Quien quiera separarnos habrá de hacer como con el zorro,
Que le ahúman la madriguera para sacarlo de ella. Y no llores,
Ven.*

(V, III, 5 - 26)

Para Lear, cuerdo, curado, la celda donde lo encierran con su hija es la isla blanca de los benditos: quitado del ruido del mundo, y de las mezquindades de la corte, soñaba pasar allí su resto. Cuando ahorcan a Cordelia se termina él (V, III, 255 ss.).

(En *El Rey Lear*)

Timón, que fue de Atenas, y sería cavernícola

Poeta: ...¿Cómo va el mundo?
Pintor: *Se gasta, señor, a medida que crece.*

(I, I, 2 – 3)

El Poeta y el Pintor hacen al Coro, y comienza la obra ácidos.

Dicen, hombre demasiado bueno, gran criador de cuervos. Dicen, higos acabados, pájaros ausentados. Timón Ateniense convidaba tan a menudo, y regaló tanto, que se quedó sin una chavo. Y ahora que se veía apurado sus huéspedes de antes, sus pedigones, no lo socorrían. “Ahora todos se han ido / salvo los dioses” (III, III, 36 – 37).

Harto de desagradecidos, y muy amargo, Timón dejó la *polis*. Saliendo de la ciudad, fuera de los muros que la contenían y definían (“*without the walls of Athens*”), la maldijo:

*--Deja que me vuelva para mirarte. ¡Ah, tú, muralla
Que ciñes, encerrándolos, esos lobos, húndete en la tierra,
Y no protejas Atenas! ¡Matronas, volveos incontinentes!
¡Que falle la obediencia en los hijos! ¡Que esclavos y bufones
Arranquen de sus bancos a los arrugados senadores
Y gobiernen en su lugar! ¡Que las verdes vírgenes
Se conviertan al instante, entregándose a la suciedad general!
¡Y hacedlo a ojos de vuestros padres! ¡Y vosotros, que estáis en bancarrota,
No devolváis nada y, sacando los cuchillos,
Degollad a vuestros prestamistas! ¡Leales criados, robad a manos llenas,
Que son vuestros graves amos los mayores ladrones,
Y pillan al amparo de la ley! ¡Doncella, súbete a la cama de tu amo,
Que tu señora trabaja en el burdel! ¡Y tú, hijo de dieciséis años,
Quítale el bastón a tu renqueante y viejo padre
Y rómpelo con él el cráneo! ¡Piedad, y miedo,
Religión, paz, justicia, verdad,
Respeto doméstico, descanso nocturno y buena vecindad,
Educación, maneras, misterios y oficios,
Grados, observancias, costumbres y leyes,*

*Declinad y, transformándoos en vuestros contrarios,
 Dejad que reine la confusión! ¡Pestes que asoláis a los hombres,
 Amontonad vuestras potentes e infecciosas fiebres
 Sobre Atenas, que está en sazón! ¡Y vosotras, frías ciáticas,
 Volved inválidos a nuestros senadores, para que sus miembros cojeen
 Tanto como sus modales! ¡Que la lujuria y las libertades
 Se cuelen en las mentes y médulas de nuestra juventud,
 Para que hayan de remontar el río de la virtud
 Y se ahoguen en el follón de sus vicios! ¡Picores, llagas,
 Sembrad los pechos de todos los atenienses, y que la cosecha sea
 La lepra general! ¡Que un aliento contagie otro aliento,
 Para que su sociedad, como su amistad, puedan ser
 Ponzoñosas! ¡Nada me llevaré de ti,
 Sino mi desnudez, detestable ciudad!
 ¡Quédate también esto, junto con infinitas maldiciones!
 Timón se irá al bosque, donde encontrará
 A la bestia peor más amable que la humanidad.
 ¡Que los dioses confundan (¿me oís, mis buenos dioses?)
 A los atenienses dentro y fuera de estos muros!
 ¡Y concededle a Timón que, con el tiempo, crezca su odio
 Hasta abrazar a toda la raza del hombre, a los grandes y a los bajos!*

(IV, I)

Se puso luego de troglodita en un soto costero. Continuó su maldición, que hizo general (IV, III, 1 – 22). Aborrecía aún al hombre, y el mundo. “Yo soy *Misántropo*, y odio a la humanidad” (IV, III, 53). “*Todo es oblicuo*” (IV, III, 18), mascullaba.

*--...¡Tierra, dame raíces!
 ¡Aquél que busca sacarte mejores frutos aliña su paladar
 Con tu ponzoña más potente!*

(IV, III, 23 – 25)

Cavando, sin embargo, halló oro, “ramera común” (IV, III, 42), y con él encargó a Alcibiades, Capitán muy mal pagado, que vengase sus ofensas vaciando Atenas (IV, III, 58; 96; 101 – 129), y a las dos putas soldaderas que lo acompañaban para que propagasen las enfermedades que trae Amor entre sus hombres (IV, III, 82 – 87; 133 – 167).

Ni siquiera en aquellas soledades encontraba sosiego. Apemanto, un filósofo cínico que en Atenas lo había fatigado con sus avisos (“verás cómo a pan comido y a mesa alzada se deshace la compañía”) venía hoy a burlarse de su suerte, que en Timón aquella “melancolía miserable y mujeril” arrancaba de “un cambio de fortuna”, y no echaba raíces en su “naturaleza”.

--¿A qué esta pala? ¿Y este lugar?

¿Este hábito de esclavo? ¿Y ese ceño?

(...) No avergüences estos bosques

Imitando el ingenio del resentido.

(...)

...No asumas mi figura.

--Si yo me pareciese a ti, me huiría.

--Ya has ganado tu destierro, por ser como eres,

Necio tanto tiempo, y ahora tarado. ¿Qué? ¿Piensas

Que el viento helado, tu borrascoso chambelán,

Te vestirá una camisa recién planchada? Y estos árboles musgosos,

Que han sobrevivido al águila, ¿te harán de pajes,

Pendientes de tus caprichos? Y el frío arroyo,

Con su capa de caramelo escarchado, ¿te servirá de desayuno

Una taza de vino caliente con la que quitarte la destemplanza de la noche?

Llama a las criaturas que viven desnudas a pesar

De los estragos que trae el cielo, que exponen sus cuerpos

A los implacables elementos, sin cobijo,

Y que responden sólo a sus naturalezas: mándales que te hagan la zalema...

¡Ah! Verás...

-- ¡Un idiota! ¡Largo!

(...)

--Nunca has conocido lo mediano en la humanidad, sino que has buscado los extremos.

(...)

--Llevas la cresta de gallo capitana de todos los bufones de este mundo.

(IV, III, 205 – 210; 219 – 233; 300 – 301; 365)

Al olor de su nueva fortuna llegaban, importunándolo, los mismos que le habían vuelto la espalda. Y bandoleros encima.

*--¿Y qué necesidades os aprietan? Mirad, la tierra da raíces;
En estos alrededores brotan cien fuentes;
Llevan bellotas las encinas, y las zarzas tienen sus caderas moradas;
Naturaleza, ama de cría bondadosa, en cada rama
Os presenta su papilla. Entonces, ¿qué echáis en falta?
--No podemos vivir de la hierba, de las moras y del agua,
Como las bestias, las aves y los peces.
--Y tampoco os alimentaréis de animales, pajaritos o pescado.
Sólo sabéis comer hombres.*

(IV, III, 423 - 431)

Este otro esquinado, el general Alcibíades, a sueldo de Timón y siguiendo sus órdenes, cercaba Atenas. Dos senadores pedían piedad a Timón. Si regresaba le darían la alcaldía.

*--Tengo un árbol, aquí en el campo,
Del que pensaba hacer leña,
Y tendré que talarlo muy pronto; decid a mis amigos,
Decid a Atenas que, siguiendo la secuencia de sus calidades,
Desde lo más alto a lo más bajo, quienquiera que desee
Detener sus aflicciones, que se dé prisa
En venir aquí, antes de que el hacha derribe mi árbol,
Y que se aborque en él.*

(V, I, 210 - 217)

“I am quit.” (IV, III, 399): me rindo, paso, renuncio, me quito de todo esto.

*--Estoy cansado de este mundo falso, y sólo voy a querer de él
Lo más necesario.
Así, Timón, prepara inmediatamente tu tumba:
Échate donde la ligera espuma del mar pueda bañar
Tu lápida a diario.*

(IV, III, 378 – 382)

--No me busquéis más...
Timón ha construido su mansión eterna
En la playa, al borde del mar salado:
Todos los días, hinchadas de espuma,
Me cubrirán sus olas turbulentas: acudid allí
Y que mi lápida os sirva de oráculo.

(V, I, 219 - 224)

Cumplió Timón. Un soldado, buscándolo, dio, cerca de la cueva, con su tumba, “ruda”. Había epitafio:

“Aquí yace un cuerpo desgraciado, desposeído de su desgraciada alma:
No busquéis mi nombre. (...)
Pasad de largo, y maldecid vuestra suerte...”

(V, IV, 70 – 73)

Timón se ha quitado del nombre, de la patria, del mundo, de los hombres (V, IV, 70 – 73). Ha venido, casi, a dejarse morir, a que lo acabe la bilis. El pesimismo de este héroe, que se ha hecho habitación junto a su sepultura abierta, es interesante porque viene justo antes de los *romances*. Recuérdese que para algunos Shakespeare se echó al surco con *Timón de Atenas*, y que salió de su postración con los *romances*. Es cierto que Belario o Próspero comparten su murria. Y que Belario se la sacude de encima. Sin embargo Próspero, al borde de *La Tempestad*, boquea: aun si lo sacamos de su isla (o precisamente por eso) pensará continuamente en la muerte.

Cerimón, médico prodigioso

Se maravillaban de que Cerimón madrugase, un día tan desapacible.

Cerimón: *Siempre he sostenido
Que la virtud y la inteligencia son dones mayores
Que la nobleza y las riquezas; sus descuidados herederos
Hacen que estas dos últimas se oscurezcan y gasten;
En cambio, la inmortalidad asiste a las primeras,
Haciendo, del hombre, un dios. Es fama que siempre
He estudiado la física, y volviendo las páginas de sus autoridades,
Y con mi práctica, me he familiarizado con sus artes más secretas,
Y me ayudo de las benditas infusiones
Que habitan en las plantas, en los metales, y en las piedras,
Y puedo hablar de las alteraciones
Que provoca la naturaleza, y de sus curas, todo lo cual me da
Mayor contento en la búsqueda de la felicidad verdadera
Que perseguir, sediento, el honor tambaleante,
O atar mi tesoro en sacos de seda,
Para dar placer al bufón y a la muerte.*

Caballero Segundo: *Señor, habéis derramado por toda Éfeso
Vuestra caridad, y cientos se hacen llamar
Criaturas vuestras, ya que vos las habéis restaurado,
Y no sólo vuestra ciencia, y vuestro dolor personal, sino, además,
Vuestra bolsa, siempre abierta, han labrado el nombre
De Cerimón con tanta fuerza que el tiempo jamás lo borrará.*

(III, II, 21 – 48)

Cerimón, *médico prodigioso*, resucitará, por poco, a Thaisa (III, II), y le dará luego habitación en el templo de Diana (III, IV).

Cerimón se quita del mundo para estudiar “*física*”, la “ciencia que trata de la naturaleza y cualidad de las cosas, inquiriendo sus propiedades y temperamento” (*Aut.*), y medicina, facultades generosas, que casan con su otra virtud, la de la caridad.

(En *Pericles*)

La cueva de Morgan / Belario

Uno quiso saber si, aparte de Imógena, el rey Cymbelino tenía otros hijos.

-- *Es hija única.
Tuvo dos chicos (...
...), pero cuando el mayor cumplía tres años,
Y el otro andaba aún en pañales, los robaron
En la habitación de los niños, y hasta esta hora no se sabe
Qué fue de ellos.*

-- *¿Cuánto tiempo hace de esto?*

-- *Unos veinte años.*

-- *¡Permitir que secuestren así a unos príncipes,
Tenerlos tan mal guardados, y buscarlos tan despacio
Que no se halle rastro de ellos!*

-- *Por extraño que os parezca,
Y aunque tanta negligencia os mueva a risa,
Es verdad, señor.*

-- *Y yo os creo.*

(I, I, 55 – 67)

Cymbelino tenía una hija de su primer matrimonio, Imógena, y la nueva reina un hijo del suyo, Cloten, idiota. Los reyes procuraban casar a Cloten con Imógena, para que todo quedase en familia, pero la muchacha prefirió a un mozo muy bien plantado que se había criado con ella, Póstumo Leonato. Cymbelino desterró al novio y emparedó a la novia. Ahora a Imógena la apretaban su soledad forzada, el ceño de su padre, el odio disimulado de su madrastra y el asqueroso apetito de Cloten.

Imógena: *...Si se me hubieran llevado unos ladrones
Como a mis dos hermanos, sería feliz.
(...)
Benditos aquéllos que hacen,
Pobres y todo, su honrada voluntad,
Cosa que alivia otras incomodidades.*

(I, VII, 5 – 9)

Ciertos consejeros mezcladores descompusieron la fama de Belario, malmetiéndolo con el rey Cymbelino. El rey ya no sentaba a su mesa a su capitán mejor, ni partía con él su pan, no le regalaba calderos de bronce ni gordas pjaras. Ahí Belario arrinconó su segura lealtad y buscó el daño de Cymbelino. Raptó a sus dos hijos y se escondió con ellos en los montes de Cambria. Allí cambiaron los príncipes de nombres y de suerte, que vivían como trogloditas. Tenían a Belario por su “padre natural”, y a Eurífile, que fue su ama de leche, por su madre (III, III, 103 – 107).

Belario: *¡Un buen día, y sería lástima pasarlo en casa
Teniendo la nuestra un techo tan bajo! Agachad la cabeza, chicos: esta puerta
Os enseña el modo de adorar al cielo, inclinándoos
Al santo oficio de la mañana. Las puertas de los monarcas
Tienen los arcos tan altos que los gigantes pueden cruzar los umbrales
Sin quitarse sus impíos turbantes, y sin dar
Al sol los buenos días. ¡Ave, cielo hermoso!
¡Nosotros, que nos hacemos casa en la roca, te tratamos con más respeto
Que otros vividores más orgullosos!*

Guiderio: *¡Ave, cielo!*

Arvidago: *¡Ave, cielo!*

Belario: *¡Y ahora a nuestro deporte montañés, en aquella colina!
Adelantaos vosotros, muchachos, que tenéis buenas piernas; yo buscaré el llano.
Considerad,*

*Cuando yo os parezca, desde esas alturas, un cuervo,
Que es sólo lo elevado del lugar lo que disminuye o da ventaja,
Y entonces entenderéis, tal vez, las historias que os he contado
De la corte, de los príncipes, de las trampas de la guerra.
No es el oficio lo que te vuelve servil,
Sino tu pensamiento. Comprender esto
Nos aprovecha para todo cuanto vemos:
Y a veces, para nuestro consuelo, encontraremos
Que sus élitros guardan mejor al escarabajo
Que al águila sus enormes alas. ¡Oh, esta vida
Es más noble que la de quien teme que lo corrijan,
Más rica que la de quien busca la toga sin ningún esfuerzo,
Más orgullosa que la de quien presume de sedas que no ha pagado:
Ante éstos se quitan los sastres el sombrero,
Mientras van aumentando sus deudas: no es ésa vida para nosotros!*

Guiderio: *A vos os avisa la experiencia. Nosotros, en cambio, pobres polluelos,
Nunca nos alejamos del nido, ni sabemos
Qué aires se respiran en otras partes. Quizás esta vida
Descansada es más dulce para vos,
Que conocéis otra más dura, pues se corresponde mejor
Con el reñma de vuestros años; sin embargo, para nosotros
Es una celda de ignorancia, un viaje que sólo hacemos encamados,
Una cárcel, un deudor que no se atreve
A pasar del límite.*

Arvidago: *¿De qué hablaremos
Cuando alcancemos vuestra edad? Cuando la lluvia y el viento
De los oscuros diciembres aζoten esta cueva estrecha,
¿Con qué razones distraeremos
Las horas heladas? No hemos visto nada,
Somos como bestias: perseguimos nuestras piezas
Con la astucia del zorro y la ferocidad del lobo:
En eso empleamos nuestro valor, en cazar codornices: en nuestra jaula
Formamos un coro y, como el ave prisionera,
Sólo tenemos libertad para cantar nuestra esclavitud.*

Belario: *¡Vaya una forma de hablar!
Si conocieseis las usuras de la ciudad,
Y las sufrieseis en vuestra hacienda, o con qué artes
Se hace uno sitio en la corte, con cuánto miedo
Sube uno sus cuestas, tan empinadas y resbaladizas,
Y cómo, nada más alcanzar sus mayores cumbres,
Te despeñan, o el oficio del soldado,
Que parece empeñado sólo en perseguir el peligro
En nombre de la fama y el honor, que muere en esa búsqueda,
Y que no gana con ello sino un calumnioso epitafio,
Registro de sus nobles actos. Así es, con frecuencia
Avanza el ruín y, lo que es peor,
Uno debe inclinarse ante quien sólo merece la censura. Ay, chicos,
Esta historia la puede leer cualquiera en mí: mi cuerpo lo han marcado
Las espadas de los romanos, y me distinguían
Con nota. Cymbelino me amaba,
Y cuando sacaba el tema de la guerra, mi nombre
Nunca tardaba en asomar: era yo, en aquel tiempo, un árbol
Cuyas ramas doblaba el peso de su fruta. Pero una noche
Una tormenta, o un robo (llamadlo como os plazca)
Me arrancó la fruta madura, no, hasta las hojas me quitó,
Dejándome pelado en la intemperie.*

Guiderio: *¡Pobre favor!*

Belario: *Sin tener yo más culpa (como os he contado tantas veces)
 Que la que fabricaron dos villanos, cuyos falsos juramentos pesaron
 Más que mi perfecto honor. Aseguraron a Cymbelino
 Que yo me había pasado a los romanos: a eso
 Siguió mi destierro, y estos veinte años
 Estas peñas, estos solares, han sido mi mundo.
 Aquí he vivido libre y honrado, y he pagado
 Todas las deudas religiosas que le debía al cielo.
 Pero ¡bala! ¡al monte!
 Que no es ésta la lengua de los cazadores. Aquél que acierte
 Primero al venado será el señor del banquete:
 Los otros dos seremos sus camareros,
 Y no temeremos el veneno, como ocurre
 En mesas más elevadas. Os veré en los valles.*

[Salen Guiderio y Arvirago.]

*¡Cómo cuesta apagar la chispa de la Naturaleza!
 Estos muchachos ignoran que son los hijos del rey,
 Y Cymbelino no sueña que viven aún.
 Se creen hijos míos, y aunque hayan crecido con esta miseria,
 En una cueva donde han de andar agachados, sus pensamientos
 Tocan los techos de los palacios, y la Naturaleza les empuja
 A mostrarse como príncipes en las cosas más simples y humildes...*

(III, III, 1 – 85)

Para Belario son paraíso aquellos desiertos, para los muchachos apreturas. Nobleza obliga, y no la tuerce crianza. Uno tira para su natural. Belario, despagado, aborrece las vanidades, ansias y zancadillas de la corte y halla contento en estas soledades. Pero los infantes, extrañados, echan a faltar un no sé qué. Y se quejaban.

Imógena, huida y travestida, se ha perdido en la sierra galesa. Va agotada y con apetito.

Imógena: *...Pero ¿qué es esto?
 Hay un sendero, lleva a la guarida de algún salvaje,
 Más me valdría no llamar. No, no me atrevo, pero el hambre,
 Antes de derrotar a la Naturaleza, te vuelve valiente.*

*La abundancia y la paz crían cobardes: la dureza siempre
Es madre de la bravura. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?
Si eres civil², habla, si salvaje,
Toma, o da. ¡Hola! ¿No contestas? Entonces entro.*

(III, VI, 17 - 24)

En eso regresaron de su montería Belario y los dos muchachos.

Belario: *¡Alto, no entréis!
Si no fuera porque está vaciando nuestra despensa, yo diría
Que estoy contemplando un hada.*

Guiderio: *¿Qué sucede, señor?*

Belario: *¡Por Júpiter, un ángel! ¡O, si no,
Su parangón terrenal! ¡Mirad, una divinidad
Tierna en años!*

(III, VII, 12 – 17)

Imógena andaba en traje de varón, de paje. No conoció a sus hermanos. No los conocía. Aunque notó su hidalguía. Ellos, por su parte, ni siquiera sabían que tenían una hermana. La acogieron muy bien. Belario se excusaba:

Belario: *Te lo ruego, buen mozo,
No pienses que somos unos palurdos, ni midas nuestra inteligencia
Por la rudeza del lugar donde vivimos.
(...) y cuando hayamos cenado
Te pediremos, con buenas maneras, que nos cuentes tu historia
Hasta donde quieras.*

(III, VII, 36 – 38; 63 - 65)

² Civil “en su recto significado vale sociable, urbano, cortés, político y de prendas propias de Ciudadano...”

Se van Belario y los chicos. A cazar. Al chavalín (Imógena) lo dejan en la cueva, algo pachucho, para hacerles de ama de casa.

Imógena: *Son criaturas gentiles. ¡Dioses, la de mentiras que he oído!
Nuestros cortesanos dicen que todo es salvaje fuera de la corte:
La experiencia, ahora, lo desmiente...*

(IV, II, 32 – 34)

Viendo a sus ahijados forzosos tan caballeros, y cuánto podía en ellos la sangre, decía así Belario:

-- *¡Oh, tú, diosa,
Tú, divina Naturaleza, que blasonas tus propias gracias
En estos dos chicos principescos! Son ellos tan gentiles
Como el céfiro cuando suspira sobre un campo de violetas,
Sin siquiera despeinarlas, y, sin embargo, durísimos
(Cuando hierve su sangre de reyes) como el rudo viento
Que obliga al pino de la montaña
A inclinarse ante el valle. Es una maravilla
Ver cómo el instinto, invisible, construye en ellos la armazón
De una realeza que no han aprendido, de un honor que nadie les ha enseñado,
De una civilidad que no han estudiado en otros, de un valor
Que crece en ellos bravo, aunque da tanta cosecha
Como si lo hubiesen sembrado en sus corazones.*

(IV, II, 169 - 181)

Llegaron entonces las guerras contra los romanos, y Guidario y Arvirago quisieron pelear, meterse en el “ruido” (IV, IV, 1). “¿Qué placer, señor, hallamos en la vida, si la encerramos / y no dejamos que entre en ella la acción y la aventura?” (IV, IV, 2 – 3)

Los avergonzaba mirar “el sol sagrado”, pues nunca habían visto muertos, ni correr la sangre, ni habían montado con espuelas (IV, IV, 34 – 40). Buscaban la fama (IV, IV, 42 – 43).

--...*Ha pasado, me parece, mucho tiempo, y su sangre se piensa burlada
Hasta que pueda volar y demostrar que han nacido príncipes.*

(IV, IV, 53 – 54)

Antes de conocerlos como hijos suyos, el rey Cymbelino, notando sus hazañas, los nombrará “caballeros” y “compañeros de su persona” (V, V, 20 – 21).

Belario había sido soldado muy leal, pero fue tachado de traidor por los envidiosos del cuartel. Echado de su tierra, y de sus tierras, la venganza empujó a Belario a hacer con los príncipes britanos lo que Próspero hizo por necesidad con Miranda: ambos sacaron a sus cargos del siglo, los apartaron de su ruido, les dieron descansada vida en una Nueva Arcadia, aula de pupilos mejores. Belario fue entonces “el ermitaño convencional de los *romances*”³.

Pero su cueva no es la celda/biblioteca de Próspero, el Rey Mago, ni la farmacia de Cerimón, médico prodigioso.

Belario destapa el cuento, y descubre lo que son, principitos, los hijos del rey Cymbelino. Será revelación. Como le sucede a Próspero, el bravo nuevo mundo de Belario/Morgan, su grotesca familia, con sus dos hijos falsos, Guiderio/Polidoro y Arvirago/Cadwalo, y aquel chico, Fidel (Imógena travestida) fallan. Los devuelve a su señor, bendiciéndolos (V, V, 351 – 353). Y él habrá de volver al mundo, al demonio, a la carne: a la historia, quitarse de su fábula pastoral.

(En *Cymbelino*)

³ J.M.Nosworthy, en la Introducción a su edición de *Cymbeline* para Arden, p. liii.

Perdita

Perdita, *hija de romance*, viene de reyes, pero su padre la dio a la suerte de los montes, y la han criado unos pastores.

La Bohemia rústica que cría a Perdita parece sacada de las *Églogas al modo y estilo pastoril*, cómico, de nuestros primeros teatros. Sin embargo, su nobleza se transparenta, y da un aire mágico a las escenas que toca. El rey Polixenes comenta, observándola:

*--Ésta es la aldeana más lozana
Que ha pisado césped: nada de lo que hace o parece
Deja de apuntar a grandezas mayores:
Tiene demasiada nobleza para este lugar.*

(IV, IV, 156 – 159)

Más adelante Florizel, su enamorado, se aconseja con Camilo:

*-- Mi buen Camilo,
Ella ha sacado tanta ventaja a su crianza,
Como la que le llevamos nosotros, desde nuestro nacimiento.
-- No puedo decir que sea una lástima
Que le falte instrucción, pues parece profesora
A la mayoría de los maestros.*

(IV, IV, 580 – 584)

Y sí, uno de los Caballeros que ejercen la función de Coro, examinando las “pruebas”, confirma esa “verdad (...) preñada de circunstancia”:

--El manto de la Reina Hermíone, la joya que llevaba al cuello, las cartas de Antígono que fueron encontradas con ella, y que se sabe que son de su letra, la majestad de la criatura, tan parecida a su madre, la afición de nobleza que la naturaleza muestra por encima de su crianza, y muchas otras evidencias proclaman que es, con toda certeza, la hija del rey.

(V, II, 31 – 40)

(En Cuento de invierno)

La isla bruja

La Biblioteca

Próspero pidió a su hija que mirase “en el cuarto trasero, oscuro, del tiempo, y en sus abismos” (I, II, 50). Allí se entra con ella, y con nosotros, cogiéndonos de la mano. Era él, por nacimiento, Duque de Milán y, “en las *Artes liberales*, sin igual” (I, II, 73 – 74). Aquéllas eran liberales, no mecánicas, ejercidas “con sólo el ingenio, sin ministerio de las manos”. “Llámanse así porque principalmente conviene su profesión a los hombres *libres*” (*Aut.*). No le bastaron éstas. Aborreció además la política y cedió la “administración” de su Señoría a su hermano (I, II, 69 – 70). Buscó un primer exilio, voluntario, en su biblioteca. En ella “me fui extrañando de mi propio estado, transportado como estaba, / y rehén de mis estudios secretos” (I, II, 76 – 77). Estado “es también el que tiene o profesa cada uno, y por el que es conocido y se distingue de los demás...” “Se toma también por el País y dominio de un Rey, República o Señor de vasallos” (*Aut.*). Próspero se extrañó de su calidad de Duque, de su empleo y cargo y, casi, de su naturaleza. Aquellos “estudios secretos”, misteriosos, lo transportaban (transportarse significa “enajenarse de la razón, o sentido, por alguna pasión, o accidente, que priva o suspende el ejercicio de los espíritus vitales o racionales” [*Aut.*]) y arrebataban, o arrobaban, secuestrándolo (era, traducía yo, su “rehén”). Tenía en muy poco el mundo, y lo descuidó, “dedicado por entero / a los arcanos, y al mejoramiento de [su] inteligencia” (I, II, 89 – 90). “Para mí, pobre hombre, mi biblioteca / era ducado suficiente” (I, II, 109 – 110). Se quitó de su *parte de Duque*, y quiso otra, nueva, de *Mago*. Pues “con eso y vivir tan retirado / perdí el aprecio de la gente, y desperté en mi falso hermano / su naturaleza peor” (I, II, 91 – 93). Así, éste, juzgándolo ahora “incapaz” de ejercer sus “regalías temporales” (I, II, 110 – 111), quiso ser “absoluto Milán” (I, II, 109).

“Para mí, pobre hombre, mi biblioteca / era ducado suficiente” (I, II, 109 – 110). Retirarse del siglo, apartarse del ruido de los hombres, satisfacer, vicioso, sus apetitos *fáusticos*, la curiosidad que nos perdió *en el principio*, querer mirar al otro lado, dejar su barca, quitarse de lo que era: he ahí el pecado de Próspero.

La celda

Subieron a Próspero y a su pequeña, con prisas, en una nave...

--...*Nos adentraron en la mar algunas leguas, y allí prepararon
El esqueleto podrido de un bote, sin aparejos,
Sin jarcias, ni vela, ni mástil; hasta las ratas
Lo habían abandonado por instinto: en él nos echaron.*

(I, II, 144 – 148)

“Por divina providencia” llegaron a la isla (I, II, 158 – 159). Digo que fabricarían la celda (segundo Templo) para Próspero (Salomón Segundo), siguiendo sus maniáticas instrucciones, su cuadrilla de genios obreros. Próspero certifica su propiedad en diversas ocasiones (I, II, 348 – 349; IV, I, 161; V, I, 291; V, I, 301). Calibán (IV, I, 195) y Ariel (IV, I, 182; V, I, 10) reconocen que es su *dueño*. Es también su “*señor*” (“*master*” [I, II, 20]). Es, la celda, su “*corte*”, “la Ciudad o Villa donde reside de asiento”, como Príncipe Soberano, “y tiene sus Consejos y Tribunales, su Casa y familia Real” (*Aut.*). Pero en esa “*corte*” tiene “pocos camareros / y, sujetos, ninguno, fuera de ella” (V, I, 166 – 167). También Calibán, antes, querellándose contra su amo, que lo esclavizaba, se burlaba de su corto poder, pues no tenía otro sujeto, aparte de él (que antes había sido señor de su libertad) (I, II, 343 – 344).

La celda sirve a Próspero, como antes, en Milán, la Biblioteca, de *ermita*, y tiene un sentido religioso. Es el “apósito de que usa (...), dentro de la clausura [de la isla], para su particular habitación y retiro”. Le conviene mucho “para su quietud y mayor perfección separarse de todo lo que sea dependencia, y negocios, del siglo” (*Aut.*).

Paradójicamente, la *Celda* es el único edificio de la isla, su única construcción artificial. Es el símbolo de la *Ciudad (del hombre)*. Es, sí, una celda “muy pobre” (I, II, 20), “pobre” (V, I, 301). Sin embargo, está amueblada. En ella guarda los “ricos vestidos”, la “ropa blanca”, las “provisiones y demás cosas necesarias” que el buen Gonzalo les dio, y “que nos han valido mucho desde entonces” (I, II, 164 – 165). “Tiene lo que él llama unos bravos utensilios / con los que amueblará su casa, cuando la tenga” (III, II, 94 – 95).

Utensilio es “lo que sirve para el uso, y comodidad de la vida” (*Aut.*). También posee “baratijas” (IV, I, 186) y “relucientes atavíos” que usa como señuelo para atrapar a sus ridículos ladrones, colgándolos de un tilo (IV, I, 193).

La celda repite su biblioteca de Milán, la resume. En ella estudia aún aquellos “volúmenes” escogidos que apreciaba por encima de su ducado, y con los cuales Gonzalo lo abasteció (I, II, 165 – 168). También Calibán sabe que en la celda guarda su amo los libros maravillosos, las minas de su *Arte*, o sea, de todo su poderío (III, II, 87, 90).

La celda es aula, escuela. La isla que la rodea vale como patio de recreo, como gimnasio y laboratorio. En ella Próspero, su “maestro” (“schoolmaster”), ha sacado mayor provecho de Miranda “del que se obtiene de otros príncipes, que tienen más tiempo / para las horas vanas, y tutores menos cuidadosos” (I, II, 171 – 174). En ella Miranda, su “maestra” (“mistress”), contaba a Calibán, señalando el cielo, la historia del “hombre de la luna”, con su perro, y su ramo (II, II, 141), y le enseñó su lengua (y el lenguaje), que el monstruo usó para maldecir a sus amos (I, II, 355 – 367), y Próspero los nombres del sol y de la luna (I, II, 336 – 338). Y Calibán, sí, aprendió algo (I, II, 361), pero, porque era “un demonio por nacimiento”, “en su naturaleza / la educación no puede hacer mella”. Con él todos los trabajos de Próspero se han perdido, perdido... (IV, I, 188 – 192)

La celda fue hogar de aquella familia imposible: papá Próspero, su hija Miranda, Calibán, su ahijado, y, secreto, Ariel. Un dormitorio húmedo en el que el monstruo olió a la muchacha en cabellos, la soñó muchas noches, enamorado, y, esa vez, intentó montarla:

Próspero: *¡Ah, esclavo mentiroso,
Te mueve la correa, nunca la amabilidad! Te he tratado,
Sucio como eres, humanalmente, y te alojé
En mi propia celda, hasta que buscaste violar
La honra de mi niña.*

Calibán: *¡Huy, huy! ¡Ojalá hubiera podido!
Tú me lo impediste; habría poblado, si no,
Esta isla de Calibanes.*

(I, II, 346 – 353)

La *Celda* sirve de teatro, de escenario:

Próspero suspendió las bodas de Fernando y Miranda (que no valían) y pidió a los novios que se retirasen a su celda, a reposar (IV, I; 161 – 162). Preparaba, con eso, otro espectáculo. Acompañó al Rey de Nápoles hasta la puerta de la celda, y le dijo:

Próspero: ...*Os lo ruego, asomaos.
Ya que me habéis devuelto mi ducado,
Os corresponderé con un bien mayor,
O, al menos, veréis una maravilla que os hará tan dichoso
Como a mí mi título.*

[Aquí Próspero descubre a Fernando y Miranda jugando al ajedrez.]

(V, I, 167 – 171)

Alonso temió que fuese otra “visión de la isla” (V, I, 175 – 176).

Los alrededores de la celda sirven de purgatorio:

“Más allá” de la celda hay una charca de aguas estancadas, donde Ariel sumerge a Calibán y a sus ridículos confabulados, para apestarlos (IV, I, 175 – 184).

Y, en “el bosquecillo de tilos que guarda [la] celda de las inclemencias del tiempo” ha encerrado por ahora (son sus prisioneros encantados) al Rey y a los suyos (V, I, 6 – 11).

La celda, por último, será teatro de historias. Próspero manda a Calibán y a sus “compañeros” que la dejen “barrida y aseada” (V, I, 291 – 293) y luego invita al Rey de Nápoles, con su tren, a descansar en ella esa noche.

Próspero: ...*Parte de ella, con todo, la perderé
Con un relato que, no lo dudo, hará
Que pase deprisa: la historia de mi vida,
Y los particulares accidentes que han ocurrido
Desde que llegué a esta isla...*

(V, I, 302 – 306)

Descripciones de la isla

La isla ¿era cómoda?

Próspero y Miranda necesitaban a Calibán, que encendía su hogar, acarreaba leña, y los servía en otros “oficios” que los remediaban (I, II, 312 – 315).

Sólo Calibán, su único natural, conoce la isla, que había sido suya, heredada de su madre, la bruja Sýcorax (I, II, 333 – 334). En ella se había criado. Le bastaba. Le sobraba. Mientras la tuvo, en sus soledades, fue Rey en todo lo suyo, o sea, libre, casi feliz (I, II, 344). Sacaba provecho de ella con industrias primitivas (la caza, la pesca y la recolección). Una técnica más avanzada, que debió de aprender de Próspero, lo fatigaba (“Ya no construiré pesqueras para los peces” [II, II, 180]). Conocía “todas las cualidades de la isla” (I, II, 339), “lugares fértiles y yermos” (I, II, 340), “cada pulgada fértil” (II, II, 148). Sabía, sobre todo, sus aguas dulces, corrientes, “los manantiales de agua clara” (I, II, 340), “las mejores fuentes” (II, II, 160), “los arroyos de agua fresca” (III, II, 66). También, las “minas de salmuera” (I, II, 340). También, las bayas, o las moras (“berries” [I, II, 336; II, II, 160]). También, los criaderos de cangrejos, y las enterradas trufas, y “un nido de arrendajo”, y los titíes, y “los avellanos”, y los “pollos de fardelas entre las rocas” (II, II, 167 – 172). También, dónde juntar, para sus amos, “madera”, o “palos”, o “leña” (I, II, 314; II, II, 161, 163, 181), “combustible” (“fuel” [I, II, 368]).

Pero Calibán conoce asimismo una isla siniestra. Hay “malsanos tremedales” (su madre “recogía con pluma de cuervo” su “rocío tosigoso” [I, II, 323 – 325]). Sopla, a veces, “un viento del suroeste”, terrible (I, II, 325 – 326). Él maldice a sus amos echándoles “sapos, escarabajos y murciélagos” (I, II, 342). Próspero lo amenaza con las púas de los puercoespines (I, II, 328), y dice que el ruido de su dolor espantará a las “bestias” (I, II, 373). Y una “pocilga de dura roca” es su dormitorio, desde que Próspero lo echó de su celda (I, II, 344 – 345).

Hay además, al menos, un pino hueco (que sirvió de cárcel a Ariel), ahora partido en dos (I, II, 274 – 281; 286 – 293), y un roble (donde su amo amenaza con encerrarlo [I, II, 294 - 296]). Está “el bosquecillo de tilos que guarda [la] celda de las inclemencias del tiempo” (V, I, 10). Y una ciénaga, “más allá de la celda” (IV, I, 182 – 183).

Y los náufragos nuevos, ¿qué piensan? Adrián y Gonzalo, los buenos, mirándola, hacen cuentas que a Antonio y Sebastián, cínicos y malvados, les parecen galanas. Sus versiones son contradictorias:

- Adrián: *Aunque esta isla parece estar desierta...*
Antonio: *¡Ja, ja, ja!*
Sebastián: *Señor: daos por pagado.*
Adrián: *Inhabitable, y casi inaccesible...*
Sebastián: *Así y todo...*
Adrián: *Así y todo...*
Antonio: *No podíais fallar.*
Adrián: *Por necesidad debe poseer una templanza sutil, tierna y delicada.*
Antonio: *Doña Templanza era una moza delicada.*
Sebastián: *Sí, y sutil: como él aprendió después de mucho estudio.*
Adrián: *El aire nos acaricia con una dulzura extremada.*
Sebastián: *Como si tuviera pulmones, y podridos.*
Antonio: *O como si lo perfumase una ciénaga.*
Gonzalo: *Aquí todo es ventajoso para la vida.*
Antonio: *Cierto, salvo que faltan los medios necesarios para vivir.*
Sebastián: *De esos hay pocos, o ninguno.*
Gonzalo: *¡La hierba crece exuberante, en abundancia! Y ¡tan verde!*
Antonio: *El suelo, desde luego, está quemado.*
Sebastián: *Con su poquito de verdura.*
Antonio: *No pierde detalle.*
Sebastián: *Al contrario: no hace otra cosa que confundir la verdad.*

(II, I, 34 – 55)

Trínculo, el bufón, se queja: “Aquí no hay ni arbusto ni mata que puedan protegerte de los temporales, y ya se cuece otra tormenta” (II, II, 18 – 19).

Ariel pinta para los pecadores (forma parte de su penitencia) una isla “desolada” (III, III, 80). En ella “no vive hombre alguno”, y aquellos guzmanes náufragos “entre todos los hombres” eran los menos preparados para vivir en sus playas (III, III, 56 - 58).

Geografías

La isla vale cualquier isla, todas las islas, ninguna isla.

Está en el Mediterráneo, no muy lejos de una Milán portuaria imposible, en algún punto (pero la tempestad ha desviado la nave) de la carrera entre Túnez y Nápoles. Sin embargo, Ariel informa a su señor de que ha dejado la nave real “escondida”, “en buen puerto, segura, / (...) en el abrigo de aguas profundas adonde una vez / me mandaste ir una medianoche a recoger rocío / de las siempre turbulentas Bermudas...” (I, II, 226 – 229).

Mezcla, entonces (su fauna variada, contradictoria, lo apunta), del viejo mundo, y del nuevo.

Jardín de Ariel

Ariel, gentilhombre de cámara de Próspero, mientras lo viste dice, en una canción, cómo se solazaba en libertad, antes de que lo sujetase, primero, Sícorax, y ahora, el Mago, y qué recreo buscará luego:

*“Donde la abeja liba, libo yo;
Me acuesto en la campanilla de una primula:
Allí sesteo cuando las lechuzas ululan.
Vuelo sobre el lomo del murciélago
Detrás del verano, alegremente.
Alegre, alegre viviré ahora
Bajo la flor que cuelga de la rama.”*

(V, I, 88 – 94)

Es el paraíso, antes del hombre. Es la isla, vaciada de gente.

Colonial

Calibán conoce bien sus derechos sobre la isla: él es su criatura natural, y la ha aprendido, y la ama. Próspero, primero, lo ahijó, y lo educó, y él, agradecido, fue su guía. Hasta que lo desposeyó, lo avasalló, lo encarceló.

Calibán: *...Esta isla es mía. La heredé de Sýcorax, mi madre,
Y tú me la quitaste. Al principio, cuando llegaste aquí,
Me acariciabas, y me tenías en mucho; solías darme
Agua de bayas, y me enseñaste
A nombrar la luz más grande, y la menor⁴,
Que arden de día y de noche; yo entonces te amaba,
Y te mostré todas las cualidades de la isla,
Los manantiales de agua clara, las minas de salmuera, lugares fértiles y yermos:
¡En mala hora lo hice! ¡Que todos los hechizos
De Sýcorax, sapos, escarabajos y murciélagos, lluevan sobre vosotros,
Pues soy yo todos los sujetos que tenéis,
Yo, que era antes mi propio Rey!: y aquí me habéis encerrado ahora,
En esta pocilga de dura roca, mientras apartáis para vuestro uso
El resto de la isla.*

Próspero: *¡Ah, esclavo mentiroso,
Te mueve la correa, nunca la amabilidad! Te he tratado,
Sucio como eres, humanalmente, y te alojé
En mi propia celda, hasta que buscaste violar
La honra de mi niña.*

Calibán: *¡Huy, huy! ¡Ojalá hubiera podido!
Tú me lo impediste; habría poblado, si no,
Esta isla de Calibanes.*

⁴ “the bigger light, and (...) the less” (I, II, 337) La Biblia de Ginebra emplea una expresión parecida para referirse al sol y a la luna: “God then made two great lightes: the greater light to rule the day, and the lesse light to rule the night” (*Génesis*, I, 16). En Kermode (1994: 31: nota a I, II, 337). Calibán conocía, antes de que Próspero le enseñase su idioma, un mundo anterior al lenguaje.

Miranda: *¡Esclavo aborrecido,
 En el cual no se estampa señal alguna de bondad,
 Capaz de todos los males! Te tuve lástima,
 Me tomé el trabajo de hacerte hablar, te enseñaba cada hora
 Una cosa u otra: cuando tú no sabías, salvaje,
 Lo que significabas⁵, y balbuceabas
 Como los brutos, doté tus propósitos
 De palabras, para que los pudieses expresar. Mas, aunque aprendiste algo,
 Eres de una raza tan vil que los buenos
 No te pueden tolerar en su compañía; fuiste, por ello,
 Confinado, con todo merecimiento, en esta roca,
 Aunque merecías una pena mayor que la de la prisión.*

Calibán: *Vosotros me enseñasteis el lenguaje, y el provecho que saco de ello
 Es que sé maldecir. ¡Que la peste bermeja⁶ os acabe
 Por hacerme aprender vuestra lengua!*

Próspero: *¡Simiente de bruja, fuera de aquí!
 Tráenos leña para el fuego, y responde rápido, más te vale,
 Cuando te encargue otra tarea. ¿Te encoges de hombros, malicia?
 Si haces negligentemente, o desgano,
 Lo que te mando, te asparé con los calambres que padecen los viejos,
 Llenaré todos tus huesos de dolores, te haré rugir de modo
 Que las bestias tiemblen al oír el escándalo de tu pasión.*

⁵ “When thou didst not, savage, / Know thine own meaning” (I, II, 357 – 358). Con la traducción más literal aprovecho el doble sentido del verbo. El salvaje no sabía qué representaban aquellos signos o señales que había aprendido, mal, de su madre, o había improvisado en su soledad. A la vez, Calibán no conocía su significado, ignoraba quién era, o qué.

⁶ “The red plague rid you...” (I, II, 366). Había tres pestes, roja, amarilla y negra. Volumnia, la madre de Coriolano, viendo a su hijo desterrado, dice: “Now the red pestilence strike all trades in Rome...!” (*Coriolano*, IV, I, 13) “Ahora, que la pestilencia roja golpee a todos los oficios de Roma...!” (Kermode, 1994: 33: nota a I, II, 366, “The red plague”). El color rojo se aplica “a varias enfermedades caracterizadas por la evacuación de sangre o por erupciones cutáneas” (O. E. D.). En *Troilo y Crésida* (II, I, 18) Tersites maldice a Áyax deseando que caiga sobre él una “murria roja” (“A red murrain o’ thy jade’s tricks!”). En Orgel (1998: 121: nota a I, II, 363, “red”). Tal vez se trate de la fiebre tifoidea, que provoca erupciones rojizas en la piel (Philip Brockbank, ed., William Shakespeare, *Coriolanus*, 1987: 238, nota a IV, I, 13).

Calibán: *No, te lo ruego.*
 [Aparte] *Debo obedecer: su Arte tiene tanto poder*
Que controlaría al dios de mi madre, Sétebos⁷,
Y lo haría su vasallo.

Próspero: *¡Hala, esclavo, fuera!* [Calibán sale.]

Calibán cuenta a sus dos ridículos confabulados su *historia* particular, y la general de la isla. Ariel, invisible, lo interrumpe tres veces (“Mientes...”: “Thou liest...” [III, II, 43, 61, 73]), enojándolo. “Yo no miento” (III, II, 46). “Como te contaba antes, yo soy sujeto de un tirano, un hechicero que, con arterías y fullerías me ha quitado esta isla.” “Mientes.” “Decía que, con brujerías, ganó esta isla: / Me la quitó a mí.” (III, II, 40 – 43; 51 – 52) Pero el “cuento” (“tale” [III, II, 81]) de Calibán teje también la “trama” (III, II, 106 – 107) de su revolución. Era una revolución a lo ridículo, de entremés. Matarían a Próspero, el Rey Mago, y Estéfano, su amo de ahora, tomaría a Miranda por barragana, y comenzaría una estirpe nueva (III, II, 102 – 103). “Esto se lo contaré a mi amo” (III, II, 113), dice Ariel, no preocupado pero, tal vez, entristecido. “El pensamiento es libre”, dice la peligrosa letra de la canción de los rebeldes (III, II, 121). Ariel conduce entonces, con tambor y caramillo, como otro Hamelín, a las ratas, Calibán, Estéfano y Trínculo (III, II, 123 ss.), hasta dejarlos en la charca de aguas estancadas que hay “más allá” de la celda, “zapateando, metidos en el lodo hasta las barbillas” (IV, I, 181 – 183). Los tentó luego con trapos y baratijas, que colgó de uno de los tilos que cercan la celda, y los achuchó con la perrada (IV, I, 193 – 262).

⁷ Este Sétebos fue dios de los Patagones. Shakespeare leyó alguna traducción del *Viaje alrededor del mundo* de Antonio Pigafetta. Allí se lee: Junio de 1520. “El capitán (...) se valió de la astucia siguiente: les dio una gran cantidad de cuchillos, espejos y cuentas de vidrio, de manera que tuvieron las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos grillos de hierro, de los que se usan para los presos, y cuando vio que los codiciaban (les gusta extraordinariamente el hierro), y que, además, no podían cogerlos con las manos, les propuso sujetárselos a los tobillos para que se los llevaran más fácilmente; consintieron, y entonces se les aplicaron los grillos y cerraron los anillos, de suerte que de repente se encontraron encadenados. En cuanto se dieron cuenta de la superchería, se pusieron furiosos, resoplando, bramando e invocando a *Setebos*, que es su demonio principal, para que viniese a socorrerlos” (Pigafetta, 1999: 57). Junio de 1520. “Su religión: Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está muriéndose, aparecen diez o doce demonios cantando y bailando a su alrededor. Uno de los demonios, que alborota más que los otros, es el jefe o diablo mayor, y le llaman *Setebos*; los pequeños se llaman *Chelele*. Los pintan y representan como a los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernos y pelos tan largos, que le cubrían los pies, y que arrojaba llamas por la boca y por detrás” (Pigafetta, 1999: 59).

La isla mágica

Hay una isla mágica, fábrica maravillosa, teatral, de Próspero.

Los espíritus de la bandera del Mago castigan continuamente a Calibán, el ángel caído, llevándolo hasta la “locura” (II, II, 3 – 14). A pesar de ello, el monstruo la encuentra deliciosa:

Calibán: *No tengáis miedo; la isla está llena de ruidos,
Sonidos y aires dulces, deliciosos, que no lastiman.
Algunas veces tañen mil instrumentos
Y me ronronean al oído; otras me vienen voces
Que, si acababa de despertarme de una larga siesta,
Hacen que me duerma de nuevo: y luego, soñando,
Me parece que se abren las nubes, descubriendo riquezas
A punto de derramarse sobre mí; entonces, al despertar,
Lloro por soñar de nuevo.*

(III, II, 133 – 141)

Los “grandes” de Nápoles sufrieron en primer lugar la tempestad que Próspero ha ordenado con su Arte, y que Ariel ha “representado” “bravamente” (I, II, 194):

Próspero: *¡Mi bravo espíritu!
¿Quién fue tan firme, tan constante, que este caos
No infectara su razón?*
Ariel: *No hubo un alma
Que no padeciese la fiebre de los locos, o mostrase
Maneras del desesperado.*

(I, II, 206 – 210)

En la isla se pierden tres horas los náufragos, hasta que conocen lo que son.

Primero una “música solemne” (toca Ariel) duerme al Rey de Nápoles y a sus fieles, para tentar a Antonio y Sebastián (II, I, 180 – 291). Ariel, entonces, impide el asesinato alarmando a Gonzalo con una canción que le susurra al oído (II, I, 292 – 300). Más adelante, fatigados por el “laberinto” (III, III, 2) de la isla, unas “extrañas Formas” les presentan un banquete (III, III, 18 – 52) que Ariel, de harpía, agitando las alas sobre la mesa, hace que desaparezca (III, III, 52 – 53), espantándolos, y diciendo sus pecados y la “perdición” que, si no se corrigiesen, sería su suerte (III, III, 53 – 82). Suenan truenos y, enseguida, una música suave, y entran de nuevo las Formas, que bailan, se burlan de ellos y se llevan la mesa (III, III, 82 – 83).

Todo esto alimenta su fe en las cosas fabulosas:

Alonso: *¿Qué armonía es ésta? ¡Mis buenos amigos, escuchad!*

Gonzalo: *¡Una música maravillosa, y dulcísima!*

Alonso: *¡Cielos, dadnos guardianes amables! ¿Qué ha sido eso?*

Sebastián: *Un guiñol animado. Ahora creeré
Que hay unicornios, y que en Arabia
Hay un árbol, el trono del fénix, y que un fénix
Reina allí ahora mismo.*

Antonio: *Yo creeré ambas cosas,
Y si a alguna noticia le faltase crédito, venid a mí,
Y juraré que es verdad: los viajeros jamás han mentado,
Pese a que los bobos los condenen al regresar a casa.*

Gonzalo: *Si en Nápoles
Contase yo esto ahora, ¿me creerían?
Si dijese que había visto isleños así y así
(Porque, sin duda, ésta era gente natural de la isla),
De formas monstruosas y, sin embargo, notad esto,
De maneras tan gentiles y amables
Que entre nuestra generación humana no podríamos encontrar
Muchos, no, casi ninguno...
(...)*

Alonso: *Encuentro admirable
Que tales formas, tales gestos, y tales sonidos, expresen
(Aunque les falte el uso de la lengua)
Una pantomima tan excelente.*

Próspero: [Aparte.] *No alabéis a vuestro anfitrión antes de que haya acabado la cena.*

Francisco: *Han desaparecido de la forma más extraña.*

Sebastián: *No importa,*

Puesto que han dejado atrás sus viandas, y tenemos los estómagos vacíos.

¿Queréis probar lo que hay aquí?

Alonso: *Yo no.*

Gonzalo: *A fe, señor, que no tenéis nada que temer. Cuando éramos chiquillos*

¿Quién iba a creer que había montañeses

Con papadas como toros, de cuyas gargantas colgaban

Morrales de pellejo? ¿O que existían hombres

Cuyas cabezas nacían en sus pechos? Pues de todas esas cosas

Los viajeros que dejan en prenda, cuando parten, un doblón de a ciento,

Para cobrar cinco a su regreso, nos dan garantía.

(III, III, 18 – 34; 36 – 49)

Próspero, ahora, los encierra en un círculo mágico, con un hechizo que va disolviéndose (V, I, 58 – 82). Ya son, otra vez, “ellos mismos” (V, I, 31 – 32).

Dudan aún de esto que, sin embargo, es real:

Gonzalo: *Todos los tormentos, los problemas, maravillas y cosas asombrosas*

Habitan aquí: ¡que algún poder celestial nos guíe

Fuera de este temible país!

(V, I, 104 – 106)

Se presentó Próspero como era antes, “Milán”.

Alonso: *Si eres tú él o no,*

O se trata de algún otro hechizo,

Como los que últimamente me confunden, no lo sé.

(V, I, 111 – 113)

Próspero continuamente tenía que asegurarles que habían cesado los prodigios:

Gonzalo: *Si esto es
O no es, no lo juraré yo.*
Próspero: *Todavía saboreáis
Curiosos pastelitos⁸ de la isla, que no os dejan
Creer en cosas que son ciertas.*

(V, I, 122 – 125)

Próspero: *...Según percibo, estos señores
Juzgan tan admirable este encuentro
Que el asombro devora su razón, y dudan
Que sus ojos ejerzan oficio de verdad, y creen que sus palabras
Son aliento natural, nada más, pero, a pesar de que os veáis
Sacados de quicio, tened por cierto
Que yo soy Próspero, aquel mismo duque
Que desterraron de Milán y que, de la manera más extraña,
Arribó a esta playa, la misma en la que vosotros naufragasteis,
Para ser su señor. Pero de esto no contaré nada más, por ahora,
Pues es una crónica que habrá de llevarme muchos días,
No una relación que pueda hacerse durante un desayuno
Ni que case bien con esta primera reunión.*

(V, I, 153 – 165)

Descubrió entonces a Fernando y Miranda jugando al ajedrez dentro de la celda.

Alonso: *Si esto termina siendo
Una visión de la isla, perderé dos veces
A mi querido hijo.*
Sebastián: *¡Un milagro nunca visto!*

(V, I, 175 – 177)

⁸ V, I, 124. “subtleties” (F). La palabra, escrita “subtilties”, se refería a “curiosas confecciones culinarias, y de repostería, comunes en los banquetes de los siglos XV y XVI” (Nichols, *Progresses*, I, 18). Mostraban “figuras alegóricas, templos y carrozas” (Withington, *English Pageantry*, I, 83), y “tenían la apariencia de una procesión formal, hecha de azúcar y gelatina”. Kermode (1994: nota a V, I, 124, subtleties”).

Llegaron ahí el Capitán y el Contramaestre, confundidos⁹ (“*amazedly*”), con la historia de su dormición, y la maravillosa conservación de la nave.

Alonso: *Éstos no son sucesos naturales; se vuelven*

Más y más extraños...

(...)

Éste es el laberinto más extraño que ningún hombre haya pisado nunca;

Y hay en este asunto cosas en las cuales la naturaleza

Jamás podría conducirnos: algún oráculo

Habrá de rectificar nuestros conocimientos.

Próspero: *Mi señor,*

No infestéis vuestra mente cavilando

Sobre la extrañeza de este asunto; con más espacio,

Y más en privado, resolveré para vos,

Hasta que os parezcan cosa probada, todos y cada uno

De estos accidentes que han ocurrido: hasta entonces, alegraos,

Y pensad bien de estas cosas.

(V, I, 227 – 228; 242 – 251)

Y Miranda ¿qué nota?

Sabe, primero, que su padre puede mucho, levantar, con su *Arte*, una tempestad, y detenerla (I, II, 1 – 2). Que es *Mago* (gasta “manto mágico” [I, II, 24]). Ningún otro prodigio la admira. Ningún otro señala. Contempla muda (¿divertida, indiferente?) aquella “vanidad” (IV, I, 41) con que papá la obsequia, a ella y a su novio, la “máscara” (IV, I, 148) que representan sus “espíritus” (IV, I, 120) “actores”(IV, I, 148).

Sin embargo, cuando descubre al principito, le parece, antes de conocerlo como hombre, “espíritu” (I, II, 412), “divino” (I, II, 421).

⁹ Confusión significa “perturbación del ánimo, y como especie de asombro y admiración, ocasionada de alguna novedad o motivo no esperado”. También “inquietud, turbación y desasosiego del ánimo, procedido de alguna fuerte consideración o de otro afecto y motivo que lo altera y perturba”. (*Aut.*)

La *plantación* de Gonzalo

La isla le parece a Adrián “desierta” (II, I, 34), “inhabitable, y casi inaccesible” (II, I, 37). “Así y todo...”, dice, “por necesidad debe poseer una templanza sutil, tierna y delicada” (II, I, 39 – 42). Sus brisas son dulcísimas (II, I, 45). Gonzalo confirma su bonanza: “Aquí todo es ventajoso para la vida” (II, I, 48). Y observa su verdura (II, I, 51). “Si yo tuviera la *plantación* de esta isla... (...) y fuera Rey en ella, ¿qué haría?” (II, I, 139, 141) “I th’ commonwealth...” (II, I, 143) Éste sería su régimen: comunidad, comuna, o monarquía comunista...

-- ...*muy al contrario de lo que se acostumbra*
Ejecutaría todas las cosas; pues no admitiría
Ninguna clase de tráfico; ni nombres de magistrados:
Las letras no se conocerían; no habría riqueza, ni pobreza,
Ni uso de servicios; nada de contratos, sucesiones,
Lindes entre tierras, cultivos, viñas;
No se emplearía el metal, ni el grano, ni el vino, ni el aceite;
Sin ninguna ocupación: todos los hombres ociosos, todos,
Y las mujeres también, pero inocentes y puras.
Sin soberanía...
(...)
La Naturaleza produciría todas las cosas en común
Sin sudores ni trabajos: la traición, la felonía,
La espada, la pica, la navaja, la escopeta, máquinas,
No serían necesarias, pues la Naturaleza nos daría,
De lo suyo, hartura y abundancia
Para alimentar a mis inocentes gentes.
(...)
Con tanta perfección gobernaría, señor,
Que mejoraría la Edad Dorada.

(II, I, 143 – 152; 155 – 160; 163 – 164)

La República Ideal de Gonzalo el bueno la ridiculizan los torcidos, Antonio y Sebastián, en prosa:

--*Su palabra puede más que el arpa milagrosa.*
--*Ha levantado la muralla, con edificios además.*
--*¿Qué materia imposible volverá ahora fácil?*

--Yo creo que se llevará esta isla a casa en el bolsillo, y se la dará a su hijo, en lugar de una manzana.

--Sí, y, tirando sus pepitas al mar, sembrará más islas.

(II, I, 83 – 89)

Gonzalo ya conocía el mal, y la traición, y los ve, bisados, en la isla. Su bobo optimismo es derrotado. Ya no soñará. Es “una isla pobre” (una pobre isla) (V, I, 212). Pide a los dioses que lo devuelvan a la viciosa Nápoles:

*--Todos los tormentos, los problemas, maravillas y cosas asombrosas
Habitan aquí; que algún poder celestial nos guíe
Fuera de este temible país!*

(V, I, 104 – 106)

Revolución a lo ridículo

Estéfano y Trínculo, el bodeguero borracho y el bufón, pensaban haber sobrevivido, ellos nada más, al naufragio: “Trínculo: con el Rey y toda la compañía ahogados, nosotros heredaremos esto” (II, II, 174 – 175). Ya tenían un “sujeto” (II, II, 152), aquel “monstruo abominable” (II, II, 158 – 159). Pronto supieron que habitaban la isla otras dos personas: si eran tan necios como ellos, “el Estado se tambalea” (III, II, 4 – 6). Calibán les contó su historia, cómo Próspero, “un tirano, y hechicero”, le había quitado, tramposo, “con brujerías”, la isla (III, II, 40 – 42, 51). Calibán concibió y dirigió el golpe de Estado. Darían muerte violenta a su señor, y Estéfano, su amo nuevo, tomaría a Miranda por barragana, y comenzaría una estirpe nueva (III, II, 102 – 103). A Estéfano le pareció bien:

--Monstruo, mataré a este hombre: su hija y yo seremos el rey y la reina del lugar (¡salve a nuestras majestades!) y Trínculo y tú seréis vicerreyes. ¿Qué te parece la trama, rínculo?

--Excelente.

(III, II, 104 - 108)

Juntaban, entre los tres, todos los vicios. Próspero y Ariel les echaron su fantástica perrada.

¡Oh bravo Nuevo Mundo!

Bravos, estupendos, le parecen a Miranda todos aquellos náufragos notables, hidalgos varados tras la tormenta de cuento, cuando los descubre.

Miranda: *¡Oh, maravilla!*
 ¡Cuántas apuestas criaturas hay aquí!
 ¡Qué hermosa es la humanidad! ¡Oh, bravo nuevo mundo,
 Que tiene gentes tales en él!

(V, I, 182 – 185)

Miranda se ha quedado boba delante de aquellos ricoshombres reunidos, los guzmanes italianos. Si los conociese algo, vería villanías. También Calibán los entiende admirables: “¡Ah, Sétebos, éstos sí son bravos espíritus!” (V, i, 261)

Miran con los mismos ojos asombrados, inocentes, idiotas, Calibán y Miranda, el ogro palurdo y la educada (pero apartada) princesa. Primero, a esos grandes, los juzgan espíritus, y no personas. La niña, que ya ha aprendido, por su chico, que comen y se desaguan y padecen turgencias como todos, no falla a la segunda, son carne mortal. Pero todavía bravos.

Miranda: *¡Oh, bravo nuevo mundo...!*
Próspero: *Es nuevo para ti.*

(V, I, 183 - 185)

La gracia está, claro, en que hacen ellos cuatro, Próspero, Miranda, Calibán y Ariel, el Nuevo Mundo. Nativo seguro de la isla (aunque engendrado en África) sólo es Calibán, que lo parió allí Sícórax, la bruja. Ariel será oriundo o no, no se dice. Próspero es el colono, el dueño (forzoso) de la plantación, y Miranda su heredera. En cambio las personas de ese mundo que le parece nuevo a Miranda, y tan bravo, los que la ilusión de la borrasca ha puesto en sus playas, figuran como representantes de un continente viejísimo, pasado, caduco, echado a perder. Próspero, amargo, lo sabe. “Tis new to thee” (V, I, 185). “Es nuevo para ti.” El error de Miranda no puede hacer que nos sonriamos. Como su padre, lo recibimos con un rictus cínico, o desesperado.

La isla de Nunca-Jamás

En su destierro, en la isla, el Rey Mago pudo volver a levantar su estación libresca (I, II, 165 – 168), y fundó una escuela. Allí educó perfecta a su hija (I, II, 171 – 174), pero no supo domesticar a Calibán, y sólo alcanzó a enseñarle una lengua que lo pierde, lo desgracia, en el sentido religioso y lacaniano (I, II, 353 – 364). He aquí, entonces, la mezquina utopía de Próspero. Papá se ha quedado por fin a solas con la niña de sus ojos, en una isla que no está en ninguna parte, que está en cualquier parte, que está en todas partes, fuera de la historia y del Tiempo¹⁰, en un “*círculo mágico*” o “reino pastoril”, “una versión de lo que Erik Erikson [*Childhood and Society*] llama *la microesfera*, ‘*el pequeño mundo de juguetes manejables*’ que el niño establece como un refugio ‘al que poder regresar siempre que necesita reparar su ego’”¹¹. Pero la presencia de Calibán, fatal, indeclinable (“we cannot miss him” [I, II, 313]), descubría la imposibilidad de su extraña familia feliz. Inventó, pues, a Ariel, y fabricó la tempestad, y se desasó de su ciencia, y se desentrañó de su hija, y fletó un buque que lo devolvería al tedio que lo iría terminando poco a poco. Y sí, la escena de “*La Tempestad* no es un jardín cerrado, sino que linda con territorio salvaje, el mundo trágico de Shakespeare.”¹²

¹⁰ Harry Berger, Jr. (1988: 21).

¹¹ Harry Berger, Jr. (1988: 19).

¹² Fraser (1992: 244 – 245).

Bibliografía

- BERGER, Jr., Harry (1988) [1969], “Miraculous Harp: A Reading of Shakespeare’s *The Tempest*” (1969). En BLOOM (1988: 9 - 41).
- BLOOM, Harold (ed.), (1988), *William Shakespeare’s The Tempest. Modern Critical Interpretations*, Nueva York y Filadelfia, Chelsea House Publishers.
- FRASER, Russell (1992), *Shakespeare: The Later Years*, Nueva York, Columbia University Press.
- KERMODE, Frank, ed. (1994), William Shakespeare, *The Tempest* (1611-12), Frank Kermode, ed., Londres y Nueva York, Routledge, Arden.
- SHAKESPEARE, William,
 - (1985), *The Second Part of King Henry VI*, Part Two, (1589 – 1592). Andrew S. Cairncross, ed., Londres y Nueva York, Arden.
 - (1981) *The Third Part of King Henry VI*, Part Three, (1589 – 1592). Norman Sanders, ed., Bungay, Suffolk, The New Penguin.
 - (1985), *Love’s Labour’s Lost* (1594-95). R. W. David, ed., Londres y Nueva York, Arden.
 - (s. f.), *Julius Ceasar* (1599 – 1600). En *The Complete Works of William Shakespeare*, W. J. Craig, ed., Oxford, Clarendon Press.
 - (1965), *Measure for Measure* (1604 – 1605), J. W. Lever, ed., Walton-on-Thames, Surrey, Arden.
 - (1997), *King Lear* (1605-06), R. A. Foakes, ed., Walton-on-Thames, Surrey, Arden.
 - (s.f.), *Timon of Athens* (1607-08). En *The Complete Works of William Shakespeare*, W. J. Craig, ed., Oxford, Clarendon Press.
 - (1994), *Pericles* (1608-09), F. D. Hoeniger, ed., Londres y Nueva York, Routledge, Arden.
 - (1994), *Cymbeline* (1609-10), J. M. Nosworthy, ed., Londres y Nueva York, Routledge, Arden.
 - (1996), *The Winter’s Tale* (1610-11), J. H. Pafford, ed., Londres y Nueva York, Routledge, Arden.
 - (1994), *The Tempest* (1611-12), Frank Kermode, ed., Londres y Nueva York, Routledge, Arden.
 - (1997) *The Two Noble Kinsmen* (1613 – 1614), Lois Potter, ed., Walton-on-Thames, Surrey, Arden.

Obras básicas de referencia

- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana, o española* (Cov.), edición de Felipe C. R. Maldonado, revisada por Manuel Camarero, Madrid, Editorial Castalia, Nueva Biblioteca de erudición crítica, 1995.
- GÓMEZ GARCÍA, Manuel, *Diccionario Akal de Teatro*, Madrid, Akal, 2000.
- MOLINER, María, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1986.
- *Oxford English Dictionary*, 2ª ed., CD-ROM, Oxford, Oxford U. Press, 1999.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades (Aut.)*, Madrid, Gredos, ed. facsímil, 1990.
- SECO, Manuel, ANDRÉS, Olimpia y RAMOS, Gabino, *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar, 1999.
- SEGURA MUNGUÍA, Santiago (2003), *Nuevo diccionario etimológico Latín-Español y de las voces derivadas*, Bilbao, Universidad de Deusto.

